

Henry Renna Gallano

sobre el
ejercicio
y
construcción
de
autonomías



La Mutua de Lectura es un esfuerzo del Movimiento de Pobladores y Pobladoras en Lucha por recuperar con pequeños hechos el derecho a imaginar, el derecho a pensar en otros mundos posibles, y poner en práctica el deber de educarnos, para autogobernarnos.

Este proyecto de organización mutualista y solidaria nace con el objetivo de acercarnos a la palabra escrita, al papel rebelde. Aquí, cada miembro contribuye con un aporte económico mensual, lo que permite socializar los títulos seleccionados dentro de nuestra comunidad con el fin de tomar sin permiso de los de arriba las letras, las ideas, los proyectos negados por décadas para las clases oprimidas.

Hoy para un cambio social real y la construcción de un mundo diferente, es necesario la producción de conocimientos y saberes desde abajo, que tomen distancia del Estado, de la academia tradicional y del sentido común capitalista, ejerciendo una autonomía contra la hegemonía colonial.

Henry Renna Gallano.

Padre de Antonia, Santiago y Emilia. Desde el 2008 milita en el área de educación popular del Movimiento de Pobladores en Lucha, donde participa en el desarrollo de los Jardines Comunitarios, del Diplomado Latinoamericano en Movimientos Sociales y Autogestión, de la Escuela Paulo Freire y en distintas iniciativas cooperativas y de autogestión educativa.

Con formación en ciencias políticas y con estudios en derechos sociales, económicos y culturales, y en políticas públicas. Fue becario del Consejo Latinoamericano de Ciencia Social (2008) en el programa "Estrategias contra la pobreza: diseños del norte, alternativas del sur".

Entre sus publicaciones están *7 y 4 El retorno de los pobladores* (Quimantú, Chile), co-editor de *Latinoamericanamente* (Quimantú, Chile), y artículos en distintos países de la región, como *Los movimientos sociales urbanos: situación actual* (Revista Ciudades, México), *Resistencias urbanas* (Clacso, Argentina), *Territorio, Comunidad y Autonomías en Movimiento* (Revista Contrapunto, Uruguay), *Movimientos sociales y la ciudad* (Revista Proposiciones, Chile), entre otras.

Sobre el ejercicio y construcción de las autonomías

ISBN: 978-956-9556-01-2



Mutual
de
Lectura

Henry Renna Gallano

**Sobre el ejercicio y
construcción de las
autonomías**

**Incluye notas complementarias de
Manuel Rojas y Hernán Ouviaña**

POBLAR
EDICIONES

*A quien fuera mi compañera
Inspiración de rebeldía,
A Victoria, Katari, Luciano y Libertad,
Horizonte y sentido de lucha,
A Roberto, Carlos y Hernán por sus críticas sin garantías
A nuestro movimiento,
Comunidad militante de sueños y realidades
A los territorios,
Espacios de esperanza e insurrección.*

© 2014 POBLAR Ediciones. Santiago, Chile.

ISBN: 978-956-9556-01-2

Foto de cubierta: Eugenia Inostroza

Diseño y diagramación: CELP



Presentación

El primer trabajo de esta Mutual de Lectura no podía ser otro que uno que nos familiarice con las formas de auto-organización de las clases explotadas cuando se proponen andar por un camino de lucha ante el sistema capitalista. El texto que les presentamos a continuación que lleva por título “Sobre el ejercicio y construcción de autonomías” nos convoca a una reflexión teórico-práctica acerca de las posibilidades de una alternativa de transformación revolucionaria en Chile y América Latina. No sólo eso, tiene el atrevimiento de indicar un camino: el poder –hacer de la sociedad organizada como alternativa de ejercicio y construcción de un socialismo autogestionario.

En torno a esa columna de ideas, el autor Henry Renna Gallano nos comparte diferentes áreas temáticas de utilidad analítica y sobre todo para la acción social.

Le anticipamos al lector que éste no es un tratado sobre las autonomías, sino más bien lo vemos como un esfuerzo del autor por sistematizar las prácticas de lucha, autogestión y educación popular que han venido desarrollándose en el seno del movimiento de pobladores y pobladoras. Un trabajo que no pretende descifrar una novedosa teoría social, sino verbalizar y llevar a la palabra escrita una realidad que ya está ocurriendo, que está pasando frente a nosotros, por abajo, en los sótanos del neoliberalismo.

Mutual de Lectura y Poblar Ediciones
Septiembre 2014

En Chile el progresismo de la Nueva Mayoría dará cuerpo y forma a una reconversión capitalista que inaugurará un nuevo ciclo de reproducción de su miseria e infelicidad. Lo más seguro es que nos enfrentemos en este periodo a un nuevo Estado, post-neoliberal, que con un rol protagónico en la inversión social (aumento de transferencias monetarias condicionadas) y políticas participativas (diálogos ciudadanos) justificarán sus nuevas modalidades y tecnologías de orden y contra-insurgencia, como de privatización y rentabilización. Una administración socialdemócrata de nuevo cuño garantizará la reproducción de la riqueza privada al mismo tiempo que gestionará, reproduciendo y profundizando, la pobreza de lo público. Se dará un giro en la política internacional acercándose a la izquierda latinoamericana encubriendo con esto su claro carácter proimperialista y la vorágine colonial extractivista sobre los recursos comunes. La estética del cambio junto al imaginario ciudadanista llenarán las calles, plazas y avenidas, y ellas mismas impedirán que se muestren nuevamente los colores de lucha y el malestar de la llanura social.

Respecto de lo que hicimos mal para llegar a este resultado, se escuchan diversas razones: la falta de un partido de la revolución que provea dirección, el vacío de liderazgo que debilita cualquier conducción, la ausencia de referentes que entreguen un horizonte utópico, la inexistencia de un programa común de acción de las y los explotados, la corporativización

y ostracismo de las colectividades revolucionarias que fragua todo intento de unidad, la debilidad en la conciencia del proletariado y, todos concordamos en la fragmentación y atomización del campo popular en su conjunto y su reducida incidencia en la lucha de clases; y por supuesto como fondo, la brutal capacidad del metabolismo capitalista de autodestruirse, reinventarse, y continuar su reproducción llevando el fetichismo de la mercancía a cada rincón del país, todo el mundo y la humanidad.

Desde aquí lo que se observa es algo más sencillo, pero no por ello más fácil de superar. La incapacidad –inducida por la alineación capitalista– en las clases oprimidas para pensarse y actuar como una sola y su falta de voluntad y determinación para reconocer las legítimas opciones emancipatorias, que cada sector organizado toma, para enfrentar la forma social dominante en un momento dado.

Las notas a continuación tienen por objetivo problematizar sobre estas opciones y específicamente sobre una de ellas: el ejercicio y construcción de autonomías. Compartir reflexiones sobre su práctica, su materialidad concreta, los problemas que se enfrenta, y perspectivas sobre su encauce en un proyecto de liberación total de la clase trabajadora.

Sobre sus rupturas, fondo, forma y contenido

Si bien, por arriba, ciertos sectores críticos al modelo han logrado instalarse en el poder estatal marcando en la brújula una suerte de “giro a la izquierda”, por abajo, las características de las luchas en el continente trascienden de una polarización política y más parece ser, un quiebre respecto de la política misma de centralidad estatal de las izquierdas, y el embrión de una nueva vieja política emancipatoria: el ejercicio y construcción de autonomías.

El auge de esta forma de lucha, en Chile y América Latina en este último periodo de acumulación capitalista, es proporcional a la crisis del sistema de representación y la crítica a las formas tradicionales de mediación política (democracia delegativa), como también a la depredación de los aparatos públicos de seguridad social y de los bienes comunes (economía neoliberal) y al redesdibujamiento de las naciones (globalización). De tal manera han emergido paralelamente nuevas alternativas de participación, la imposición de soluciones concretas desde abajo y afirmaciones identitarias supranacionales o locales. Esta gesta de ciertos sectores del pueblo, de hacer política por sí mismo y dar respuesta por sus propias manos a las necesidades más sentidas pone en duda la totalidad del sistema de dominio hegemónico, incluso las estrategias y tácticas que pretenden combatirlo.

En efecto, las acciones sociales y políticas en el campo de las autonomías hoy se sitúan en una ruptura relativa de fondo

(horizonte utópico-programático), contenido (praxis política emancipatoria) y forma (modalidad de organización de las relaciones sociales), respecto de los proyectos de centralidad estatal de décadas anteriores, ya sean de corte reivindicativo o confrontacional emprendidos por reformistas o revolucionarios.

En general, para este nuevo ciclo el ejercicio y construcción de autonomías ha trastocado:

- El fondo de los proyectos políticos de las organizaciones y movimientos, al difuminar la división entre medios y fines, entre eficacia y moral, en tanto el cambio mismo ha de estar troquelado del molde de lo que se quiere (Esteva, 2011), cada espacio liberado es el resultado y contenido concreto de nuestro socialismo; una verificación empírica que performa la sociedad que se desea construir.
- Además ha cuestionado el contenido centrándose en la prefiguración de la sociedad emancipada (Holloway, 2011; Ouviaña, 2010) anticipando en su construcción la experiencia de relaciones alternativas a las dominantes, para levantar aquí y ahora, (Sousa Santos, 2001) opciones materialmente distintas a las capitalistas (Rey, 2004) quebrando con esa idea que las prácticas solo adquieren sentido anticapitalista después de la revolución socialista (Modonesi, 2011).
- A su vez ha transgredido la forma de las acciones colectivas en la medida que anteponen la organización federativa al centralismo, el cooperativismo a la economía de planificación centralizada, la acción directa en oposición a las intermediaciones externas (López, 2011), la horizontalidad al verticalismo estado-céntrico (Zibechi, 2008), la mutua-

lidad al individualismo, la rotatividad y revocabilidad al burocratismo, restableciendo la relación entre lo político y el pueblo, y entre el pueblo y su territorio (Esteva, 2011).

En su fondo, forma y contenido la construcción de las autonomías impulsa la sustitución de la estrategia de centralidad estatal (conquista o asalto) por la centralidad del poder hacer popular como alternativa emancipatoria.

Pero no son todas iguales, por el contrario las autonomías dan vida a una variopinta paleta de colores de resistencia y experiencias de lucha:

- En su fondo van desde perspectivas socialdemócratas hasta aquellas anarquistas cruzando por el comunismo.
- En su contenido, toman cuerpo ya sea como estrategia para compensar la explotación capitalista cohabitando las autonomías con el mercado o como estrategia de acumulación de fuerza y prefiguración socialista, antes, paralela o independiente (depende de cada caso) a la toma del poder.
- En su forma, desde ejercicios comunitarios hasta iniciativas bajo control obrero pasando por gestas autogestoras planificadas centralmente desde el Estado.

Dichas experiencias han derivado en diversas concepciones político-ideológico sobre las autonomías. La mayoría de ellas se agrupan según el enemigo frente al cual se combate, es decir frente a quien se construye autonomía. Así pues –siguiendo el estudio de Mabel Thwaites Rey (2004) están quienes:

- Reivindican la autonomía del trabajo frente al capitalismo (independencia de los productores de los capitalistas).
- Reclaman la autonomía frente a las instancias de organiza-

ción colectiva y toda forma de mediación (independencia de la organización).

- Abordan la cuestión de la autonomía nacional en relación a fuerzas imperialistas (independencia y soberanía nacional).
- Defienden la autonomía en relación al Estado (independencia de la praxis a cualquier forma de construcción estatal, transitoria o definitiva).
- Bregan por la autonomía individual y colectiva del sistema social dominante (independencia cotidiana).
- Piensan la política de la autonomía como la no subordinación social, económica, política e ideológica de los de abajo (independencia de las clases dominadas en respecto de las dominantes).

Todas ellas hoy cobran relevancia dentro de las prácticas emancipatorias que se desarrollan en el campo revolucionario y suman fuerza y dinamismo a ese gran proyecto popular truncado e inconcluso de la clase. Viene a reinstalar esa vieja idea nueva sembrada en las mancomunales del norte y que luego floreció en la Toma de La Victoria en 1957, de un socialismo que se construye a pulso, desde abajo, a contra marea del “burocratismo como modo de gestión del “socialismo”; al modelo bolchevique de la revolución soviética (y) las experiencias social-demócratas de cambio social” .

De su centralidad emancipatoria

Los últimos veinte años en Chile, la digestión y domesticación del campo popular a manos del progresismo provocó por un lado, el aislamiento de fuerzas sociales enfocadas en la forma de lucha confrontacional y, por otro, la aceptación generalizada de la forma lucha reivindicativa, influencia al igual que ayer fruto de la hegemonía socialdemócrata en las organizaciones gremiales, sindicales, estudiantiles y poblacionales.

De forma simultánea el área social del Estado siguió desmembrándose en su privatización. A las empresas y servicios y estatales vendidas en dictadura se sumó el agua, la luz, el transporte, el mar, la tierra, las ciudades, todos los campos vitales del ser humano continuaron y profundizaron su carácter mercantil. Y como no, los aparatos de seguridad del interior siguieron la persecución, criminalizando o eliminando lo que restaba de estructuras armadas rebeldes.

Con ese cuadro político la forma lucha reivindicativa y confrontacional por sí solas eran insuficientes y estratégicamente de baja utilidad en el periodo; la política de centralidad estatal entró en un agotamiento generalizado, acompañado de la obsolescencia irreversible de la concepción materialista del poder, circunscribiéndolo exclusivamente al Estado. Era necesario un camino distinto.

El sentido común dentro de la izquierda indica que el desafío es enorme pero simple: primero debemos acumular una fuerza de masa en una oposición de izquierda para así

con el partido dirigiéndonos desequilibraremos la correlación de fuerza al interior del Estado burgués, lograremos tomar-nos el poder haciendo uso de todos los medios (pacífica o violentamente), ahí derrotaremos políticamente a las clases dominantes, abriremos la transición socialista, socializaremos los medios de producción y la propiedad, derrocaremos la burocracia burguesa y así llegaremos a la sociedad sin clases, a la vida comunista.

Esta mirada, quizás llena de honestidad en su espíritu, es la desviación provocada por el estalinismo que consagra al Estado como “la” herramienta identificada desde donde se deben realizar y consolidar las transformaciones necesarias. En efecto cada espacio era un medio para ese fin, se instrumentalizaban todos los esfuerzos a dicha tarea, se acumulaba para tal objetivo. Lo central de la lucha eran las conquistas políticas mirando al Estado, dejando para un futuro incierto la necesaria transformación social.

A contracorriente de esta mirada estado-céntrica Manuel Rojas plantea: “la centralidad de una transformación autogestionaria de la sociedad reside en la articulación entre la unidad y la diversidad, lo central y la periferia, lo individual y lo colectivo; esta articulación no se podría efectuar en y por el Estado en la perspectiva estratégica de la toma del poder; por el contrario ella debe resultar de la auto-institución (autonomía) permanente de la sociedad, de una sociedad donde se verificaría experimentalmente, la extinción o desaparición de las formas estatales, la desposesión del poder-dominación” .

Siguiendo esta línea el desafío es pequeño pero complejo.

Sólo hay que empezar a caminar en el ejercicio y construcción de autonomías. Ahora lo difícil y allí su complejidad, es que importa tanto el destino como nuestros pasos. Ya no es proponernos el socialismo y obtenerlo a cualquier medio para instalarlo por decreto sino éste se debe prefigurar en el presente, y que a partir de esa cotidianidad alternativa se vaya performing otro devenir.

Las autonomías en relación a los proyectos emancipatorios de centralidad estatal, se diferencian de fondo de los que tienen un fin teológico al cual arribar (el asalto al paraíso) y en su contenido de aquellos cuyas prácticas son una finalidad en si misma (el pragmatismo de lo inmediato). Así es como la principal ruptura con la izquierda estalinista está en el rechazo a la idea que existe un fin superior representado en el Estado, y con el progresismo socialdemócrata por su pragmatismo e inmediatez que carece de proyección transformadora. En ambos el presente se vacía de sentido revolucionario, como eterna espera o inmovilismo absoluto.

Por el contrario en las autonomías tenemos, por un lado, una construcción performativa en que las mismas prácticas de lucha orientan el destino, cual va tomando forma en el día a día con los principios que emergen de las experiencias, buscando una vida emancipada, más allá del Estado y del capitalismo. En el fondo no hay fin al cual llegar sino sólo un presente que cambiar, y que nos cambie.

Por otro un ejercicio prefigurativo, la acción en el presente de relaciones sociales alternativas a las dominantes que siembran las bases aquí y ahora de la sociedad por la que se lucha,

trazando en el hoy el dibujo de la libertad del mañana. En su contenido la práctica no se agota en sí, sino hace parte de una cadena de subversiones que juntas proyectan un horizonte de transformación.

Las autonomías entonces, son al mismo tiempo una práctica y horizonte, son ejercicio y construcción. Ésta lejos de ser una palabra que enuncia una realidad es una práctica que ejerce una acción y desde allí construye un horizonte de dignidad. Se da una circularidad entre presente y futuro, entre la orientación de las luchas de hoy y la forma de la sociedad del mañana (Holloway, 2011). El fondo (horizonte) y el contenido (praxis) del proyecto se cruzan, se difuminan y se hacen uno sólo. El presente nuevamente se llena de sentido, como ejercicio de una realidad distinta y construcción de un devenir alternativo.

Las autonomías tienen como ruptura medular un viraje en el sentido de la lucha: ha sustituido la centralidad de la disputa estatal por la centralidad del poder-hacer de la sociedad organizada.

Su doble tarea, negar y crear

En las autonomías la temporalidad de la revolución misma se pone en jaque, pasa de una meta ulterior a un asunto contemporáneo, sustentado en el ejercicio y construcción de una contrahegemonía, más no en un futuro que, tras la superación racional de etapas será alcanzado, o en un hito que, gracias a ciertas coyunturas de crisis se detona. Lo gravitante entonces, deja de ser el “hito”

de tomarnos el poder, ya sea para instalar una dictadura de izquierda o un parlamentarismo progresista. La centralidad de su ejercicio y construcción reside en la transformación del hombre mismo, la raíz del problema, en la transformación radical de la vida y el mundo.

Por eso un cambio radical deja de ser pensado como el día decisivo y pasa a ser un proceso que puede y debe comenzar aquí y ahora. Se hace en el presente por la acción autónoma de la clase en la destrucción de la antigua sociedad y la edificación de ese mundo otro que imaginamos .

En este proceso de ejercicio y construcción de autonomías tenemos una doble tarea. Una negativa que es el rechazo y la eliminación progresiva de todas las estructuras que producen desigualdad y dominación, y una positiva, la edificación en tiempo presente de una nueva institucionalidad social que permita la autorrealización y la emancipación colectiva.

Concretamente debemos enfrentar y reaccionar oportunamente ante la crisis, y proyectar la superación de la misma. Dar cara a los ataques del capital sobre la madre tierra y las nuevas formas de esclavitud y enajenación que genera sobre las clases oprimidas, mejorando las condiciones de bienestar inmediatas. Pero además se necesita edificar una nueva materialidad social, una forma distinta de producción y organización de las clases oprimidas en todos sus espacios vitales, que permita, mediante el ejercicio directo del poder amplificar todo lo que podamos la autodeterminación social; “por medio de formas organizacionales de resistencia que anticipen en su método de organización, el propósito de la revolución: la emancipación

humana” (Bonefeld, 2003).

En esta senda la tarea primordial no es el palacio de gobierno sino otra: la reconstrucción de la vida social desde los cimientos, la comunidad, mediante la auto-organización de la clase y la colaboración solidaria de los habitantes en lucha desde los territorios, las pobladoras y pobladores. Estarán en dichas prácticas no solo las ideas sino los hechos del propio futuro. Señalaría Thwaites Rey (2004) “ninguna emancipación será materialmente posible si no se comienza a desplegar en la realidad presente los elementos que permitan preconfigurar las formas superadoras del capitalismo”.

Las autonomías así son una estrategia de emancipación de la clase y los pueblos que reconoce en la voluntad del sujeto/a su capacidad para transformar radicalmente el presente capitalista, y que, organizadamente es capaz de ir en contra y más allá de él, mediante la prefiguración del socialismo en sus prácticas anticipando hoy su llegada en la vida social.

A ese sur, sin prisa pero sin pausa, debemos ir caminando.

Una “política” de las autonomías

Esta otra política puede abordarse desde múltiples líneas, tomando el trabajo de Ferrero (1998) sobre el poder, tres son las opciones que podríamos transponer a las autonomías: una ontológica, que aspira a desentrañar su esencia; la fenomenológica, que atiende a sus manifestaciones existenciales; y una tercera, patológica,

en relación a las actitudes que los seres humanos mantienen frente, o en ella.

Nuestra aproximación al ejercicio y construcción de autonomías renuncia a capturar su esencia, y busca enseñanzas y aprendizajes operativos capaces de desentrañar, sino el ser de la autonomía, sí al menos su realidad existencial tal y como la perciben y viven las clases y grupos subalternos de América latina (Ferrero, 1998). Esto puesto que no podemos, en virtud de los errores ya cometidos en el pasado, definir en este caso las autonomías a partir de nociones de validez universal situadas a-históricamente, sino su abordaje es siempre “contexto-dependiente” (Mouffe, 1998). A su vez tampoco repetir errores de las ciencias sociales alternativas, pero dominantes, y abstraer las prácticas de construcción de autonomía de los proyectos políticos y orgánicos que les dan soporte, como si nacieran y existieran por si solas, por cual no es de interés revelar las conductas de los individuos frente o en ella.

De ahí que, lejos de una captura ontológica o patológica de las autonomías, la situamos en el conjunto de prácticas emancipatorias que sólo pueden “comprender y defenderse de modo contextualista” (Rorty, 1998), como constitutivos de nuestra forma de vida cruzado por relaciones sociales, de poder, lenguaje, cultura y acciones que la hacen posible. Pensarla en términos de sus prácticas en el mundo, nos lleva a enfrentar los verdaderos problemas que deben ser abordados en función de acrecentar la política de las autonomías .

Desde aquí, la idea de una “política” de las autonomías hace

alusión no a una concepción metafísica de una determinada manera de emanciparse o un fin al cual arribar, como tampoco a una práctica aislada, sino a un proyecto social-histórico que, según el singular conjunto de la formación social capitalista, emprendió una forma-lucha con relativa centralidad en un socialismo que se construye desde abajo.

El ejercicio y construcción de autonomías es la afirmación que “el socialismo solamente puede ser realizado a través de la auto emancipación de las masas activas en movimiento llegando a él, libremente por sus propias manos, movilizadas desde abajo en una lucha para hacerse cargo de su propio destino” (Draper, 2001).

Estas prácticas, desde la mirada de Bordet y Guillern (citado en Arvon, 1980), están provocando “una transformación radical, no solo económica, sino también política, en el sentido que destruye la noción común de política, como gestión reservada a una casta de políticos, (y reducida al Estado) para crear otro sentido de esta palabra: a saber, la toma en sus manos, sin intermediarios y a todos sus niveles, de todos sus asuntos por todos los hombre (y mujeres)”.

Las formas-lucha

La construcción de autonomía antes que todo es una forma de emanciparse del capitalismo, y también es una forma alternativa al modelo de emancipación propuesto por la izquierda tradicional. Es decir, reaparece como estrategia para enfrentar y superar la dominación, pero también como forma diferente de organizarnos, de luchar, de hacer política, de rebelarnos ante el mundo.

En esa dirección, para las acciones colectivas de las organizaciones y movimientos, las autonomías vienen a ser un quiebre práctico en el sentido de lo mas cotidiano de la construcción, de la forma-lucha. La forma-lucha la entendemos, siguiendo a Linera (2009) en su estudio de Marx, como “la forma social en que toma cuerpo el producto de la resistencia”, una forma social histórica específica, en este caso que surge desde las clases explotadas frente al despótico régimen capitalista. La forma-lucha así se hace en la historia, al igual que la conformación de los sujetos se hace en la lucha de clases. Toda época construye la suya propia sobre su particular contexto.

Desde aquí, la autonomía, o en específico su materialidad cual es la forma-lucha autogestionaria, re-aparece como opción ante la forma-lucha reivindicativa cercana a la estructura sindicato predominante en la primera mitad del siglo XX y a su vez como alternativa frente a la forma-lucha confrontacional predominante en su segunda mitad, ya sea en democracia o dictadura, con modalidad de ejército regular, milicias, foquismo u otros .

Ambas forma de lucha, reivindicativa y confrontacional, de fuerte centralidad estatal, proponían una conquista política (desde la vía institucional) o el asalto directo (desde lo militar) del aparato Estado para la posterior transformación social y económica de la sociedad capitalista. Haciendo una generalización, la primera operó de forma preferente reivindicando a los gobiernos de turno el mejoramiento de las condiciones de vida esperando algún tipo de compensación a la explotación capitalista. La segunda actuó con acción directa, independiente de su administrador, buscando golpear gobiernos autoritarios y, en ocasiones también, el proyecto capitalista y su orden social dominante. La primera fueron fórmulas donde lo central era elevar demandas, reivindicar, presionar con movilización selectiva. En la segunda lo gravitante era agrietar, perforar y en el mejor de los casos echar abajo elementos de la estructura de dominio. La primera por su carácter peticionista trajo consigo la escasez de ejercicios autónomos de poder y una dependencia de la estatalidad de parte importante de la producción política del campo popular. La segunda por su radicalidad, muchas veces mal graduada, cayó –en casos- en el aislamiento y deslegitimación social en el seno del bajo pueblo, y –en otros- en su exposición ante los aparatos de represión. La primera fue un crecimiento organizativo de la clase a expensas de la burocracia estatal y fuertemente reproductor de su centralidad. La segunda también incrementó la centralidad estatal, por la incorporación de lógicas internas de comando-obediencia, lo que las llevó a reproducir en ocasiones la forma estado y las relaciones jerárquicas y autoritarias

que se proponían combatir (Calveiro, 2008). En ambas, para “reformistas” y “revolucionarios”, el Estado era núcleo visible del poder y por consiguiente su conquista o asalto constituía la tarea estratégica para dar inicio a la transición socialista.

En la mayoría de los casos –siempre con excepciones y matices- que estas formas-lucha encontraron acogida masiva dentro de la clase y llegaron a “tomarse el poder” (pacífica o violentamente) terminaron reproduciendo la forma dominante, en la medida que no eliminaron, por voluntad o incapacidad, el aparato Estado, la propiedad, y por ende la estructura de clases presente en la sociedad latinoamericana y mundial. Nunca se abrió la transición y mas se truncó en un capitalismo de Estado que alimentó una burocracia retardataria, con gobiernos populares que devinieron en una nueva burguesía, en una nueva clase social, como analizaba Leon Trosky (1938) para el caso de la URSS. Asimismo tampoco terminaron, y esto sí sólo por voluntad propia de las jefaturas políticas, con la intermediación entre la gente y la conducción política, económica y cultural del proceso. Mantuvieron la distancia entre las masas y las unidades de toma de decisiones; nunca se aceptó el control directo del pueblo sobre el aparato político y productivo nacional. No se dejó margen para la autoemancipación de las y los trabajadores.

Como señalaba Diego Abad Santillán (1936) “o bien la revolución pone la riqueza en manos de los productores, en cuyo caso los productores se organizan por sí mismos con vistas a la distribución colectiva, o bien la revolución no pone la riqueza social en manos de los productores, en cuyo caso

será un engaño y el Estado continuará existiendo”.

La mayoría de los fracasos de los intentos socialistas que tuvieron como foco la toma del poder, representado éste en el Estado burgués, se debió a su mismo resultado: un vanguardismo estatal que terminó reproduciendo las dinámicas capitalistas, coloniales, y autoritarias, negando la conducción, la dirección y el control directo de las y los productores. Uno de los aprendizajes más importantes, es que no hay sociedad libre que pueda ser construida desde aparatos autoritarios, y por cual no hay emancipación posible si no se garantiza el control directo de la gente sobre el proceso. Como recuerda el MST un fin justo sólo puede ser conquistado haciendo uso de medios justos.

De ahí nuevamente hoy, tras el agotamiento generalizado de la política emancipatoria de centralidad estatal, en su forma-lucha reivindicativa o confrontacional, la forma lucha autogestionaria se descubre tras décadas de invisibilización como una alternativa estratégica para buscar la emancipación del género humano.

Forma-lucha, estrategias del período y tácticas coyunturales

Estas tres forma-lucha corresponden a momentos constitutivos del movimiento popular en que las distintas prácticas de resistencia devinieron en una síntesis específica de lucha emancipatoria. En Chile, es posible observar en el siglo XX estas tres formas lucha y delimitar, con fines explicativos, su temporalidad:

- La forma lucha reivindicativa, fue predominante desde el gobierno nacional-popular de Alessandri en 1920 y consigo la derrota política y militar del movimiento anarquista y mutualista, y luego su consolidación se da con los gobiernos radicales (1938) en adelante y la unificación del sindicalismo en la CUT bajo control comunista.
- La forma lucha confrontacional, de importante presencia en la segunda mitad del siglo XX, primeramente con experiencias como el ELN chileno y luego casos como el VOP, MIR, FPMR o el MJL tornándose predominante en los años del gobierno de la UP, durante toda la dictadura y primeros años de la transición enajenada.
- La forma lucha autogestionaria brota a principios de siglo, primero con mutuales y/o sociedades de resistencia como manera de autoprotección social de ciertas ramas de la producción frente al Estado y el empresariado, segundo con mancomunales donde se profundizó en modalidades de autoconciencia y de organización territorial tendientes a la construcción de un poder popular. Tercero décadas

después, en los sesenta y setenta donde se cruzó con formas reivindicativas asistidas desde el Estado (cooperativas y organizaciones comunitarias) o como parte de la política de masas de fuerzas político-militares (cordones y ocupaciones).

Cada una de estas formas posee, como toda producción social fortalezas y debilidades, y su grado de utilidad es de acuerdo al momento histórico y el desarrollo de la lucha de clases. Según ese lugar y tiempo constitutivo de la resistencia es que cada forma de lucha -reivindicativa, confrontacional y autogestionaria- se hizo parte de una estrategia del periodo:

- Una primera, donde están los que se sitúan en el plano de las reformas, esfuerzos tácticos dirigidos a la contaminación del Estado, a su fragmentación. En esta dimensión según su escala, están las conquistas de las jefaturas de gobierno en Bolivia por Evo Morales, en Ecuador con Rafael Correa, en Venezuela de Nicolás Maduro, y otros, hasta las distintas formas de apropiación de recursos públicos y de legislaciones estatales, por ejemplo de la FUCVAM en Uruguay.
- Una segunda de tipo rebelión con ejercicios que sabotean, desacatan y se insubordinan contra el orden hegemónico, yendo, en su variable de organización, desde estructuras bien diseñadas con diferentes unidades y frentes intermedios tipo MIR hasta formas democratizadas de violencia con pequeñas conducciones organizativas, tal es el caso del 2001 en Argentina. O, según su variable de capacidad armada, desde las milicias anarquistas de Barcelona del 36' hasta las policías populares del FPFVI en las colonias en México.
- Una tercera de tipo revolucionaria con ejercicios que esquivan

y trascienden los embates del sistema, transformando radicalmente en su seno las relaciones de poder y de producción social. Acá oscilan en su variable de complejidad desde las tramas profundas de las comunidades zapatistas y las Juntas del Buen Gobierno y los tejidos comunitarios de las Juntas Vecinales en El Alto hasta la infinidad de microexperiencias autogestoras que se gestan en los territorios (escuelas, comedores, fábricas, etc.), y en su variable de alcance desde los miles de campamentos de los sin tierra de cobertura nacional hasta cada una las experiencias comunales del MPLD en Argentina o locales del MPL en Chile.

Esas formas-lucha y las estrategias del periodo de las que se hacen parte, toman en la práctica distintas tácticas coyunturales, que podríamos agrupar en relación a la representación más visible del poder, el Estado capitalista. Así habrían:

- Los que asumen la tarea siempre compleja, de conquistar desde el Estado, empujar reivindicaciones populares dentro de la institucionalidad, ya sea con la administración popular de los fondos fiscales, legislaciones que favorezcan el bienestar del pueblo, o disputando espacios de representación.
- Experiencias que se posicionan en una lucha contra el Estado donde se le golpea con acción directa y desobediencia frente a sus aparatos represivos y de orden.
- Otras que se posicionan en la construcción sin el Estado, por fuera de él, desde los bordes, mediante ejercicios de autonomía de la clase que anticipen la llegada del socialismo.

Más allá del Estado

Tanto las formas de lucha, las estrategias del periodo y las tácticas coyunturales, como categorías tienen sólo fines explicativos puesto que la realidad es siempre más compleja. La riqueza de las prácticas de construcción de autonomía enseña que un movimiento en su búsqueda de ir más allá del Estado hace uso del crisol de opciones y formas de lucha que posee y dispone.

Un ejemplo. Se despliegan ejercicios de lucha contra el Estado dirigidos a la apropiación forzosa de tierras o recursos pertenecientes a las clases dominantes, se pasa luego a ejercicios de lucha desde el Estado donde se logra condensar en conquistas dentro de la institucionalidad, para luego resignificar dichos avances en una lucha sin el Estado impulsando una transformación radical de las relaciones sociales en dichos lugares arrebatados, conquistados y autogestionados. Otro ejemplo, una fuerza humana puede emprender el largo tránsito de transformación social desde abajo mediante la construcción de autonomías en distintos campos de la vida social (sin el Estado), ésta fuerza si posee la capacidad, según el periodo y la coyuntura podrá optar, por una agudización de la crisis mediante la radicalización de la práctica y el ejercicio de la violencia popular como herramienta (contra el Estado), y si puede también, amplificar su derrotero mediante una acumulación de fuerza a nivel representativo, gobiernos locales por ejemplo (desde el Estado); siempre con el resguardo de: ni militarizar el movimiento, ni hacerlo un instrumento para negociar posiciones.

Precisamente las autonomías conducen hacia una superación de esta división, entre lo social, lo político y lo militar, hace de la vida y la lucha una sola. Sería un proceso que, en palabras de Sammartino (2013), combina luchas y formas de organización autónomas y, en su mejor sentido, mestizaje político donde el individuo gestiona la articulación cambiante y la geometría variable de sus propias facetas.

Esta política trascendería aquella perspectiva que plantea en términos dicotómicos luchar contra el Estado para eliminarlo o ganar territorios en el Estado que sirvan para avanzar en conquistas populares. Esto porque “dichos procesos no pueden comprenderse solo en términos de resistencia o concomitancia frente al Estado, sino que van más allá de él, en un conjunto de mediaciones objetivas y subjetivas, estatales y no estatales que, no encuentran traducción en la institucionalidad, enseñando esa anticipación de una sociedad otra” (Obregón, 2013).

Lo relevante más allá de los “éxitos” que cada forma de lucha proveyó, es que persiga y se proponga la superación de la forma de dominación capitalista, ir más allá, sólo así reduce los riesgos para no quedarse atrapado en una de ellas (violencia, autonomismo o reformismo). “De ahí que valga la pena recordar que la lucha es en y (sobre todo) contra y más allá del Estado como relación de dominio y resistencia”

Dicha capacidad, del grado de combinación de las tres formas de lucha y buscar la superación de la forma social dominante, está ligada íntimamente al nivel de desarrollo del movimiento y de la clase en su conjunto, de sus niveles de voluntad por

reconocerse como una, y de determinación para reconocer a todas las y los que están por un cambio desde abajo.

La autogestión

La autogestión no puede ser un concepto manejado por ciertos círculos de avanzada, hay que hacerla una palabra para las clases oprimidas, una que simplemente exprese el sentir que tenemos nuevamente el control sobre la vida; la soberanía que recuperamos como pueblo organizado en la vivienda, el trabajo, la educación, la salud, etc. La autogestión así, más que una teoría o una fórmula, una ideología o una secta, es una forma de luchar, una práctica y horizonte, un modo de ser movimiento, es el tejido concreto de la autonomía. Es en el fondo, una apuesta por gobernar y autogobernarnos paralela, indistintamente o antes, de la toma del poder.

La autogestión difícilmente podemos definirla de forma clara y precisa. Y no importa hacerlo, ya que no tiene una sola significación, puesto que es interpretada de diferentes maneras por cada movimiento, según el campo social en el que se desarrolla. Para nosotras y nosotros, por ejemplo, la autogestión es la manera de ir construyendo autonomía, ese poder propio, ese poder-hacer. Es la táctica para ir sistemáticamente eliminando los espacios controlados por el Estado y las relaciones coloniales y capitalistas e ir creando una nueva institucionalidad social y revolucionaria. Esto es lo que permite un ejercicio de rotación forzosa de los roles y

funciones de las clases dominantes a manos de la clase y los pueblos y sus órganos de poder popular.

La forma-lucha autogestionaria

Las diferentes prácticas autogestoras desarrolladas en diversos campos de la vida social, en ocasiones -idealmente- casi tan amplios como las formas de dominación existentes, pueden situarse en diferentes lugares de la lucha según su nivel de escala y complejidad. Por ejemplo:

- En trabajo van desde esfuerzos de subsistencia doméstica familiar y/o colectiva hasta empresas bajo control obrero cruzando por esfuerzos cooperativos de consumo y producción, y hoy también de servicios.
- En educación van desde prácticas de autoformación esporádicas hasta esfuerzos educativos autogestionarios que abarcan niveles completos del sistema escolar.
- En vivienda cruzan desde dinámicas de control de la gestión y producción de vivienda, de autogestión habitacional, hasta modelos amplios de producción popular del hábitat.
- En salud también desde operativos médicos con algún grado de periodicidad hasta opciones de bienestar integral alternativas y tradicionales levantadas desde comunidades.
- En soberanía alimentaria van desde huertos familiares hasta sistemas de producción integrales, orgánicos y sustentables
- En medios de comunicación desde cada uno de los micro

esfuerzos de difusión, información y propaganda popular hasta radios, canales de TV, periódicos autogestionados.

- En producción de energía han emergido fórmulas de ahorro energético doméstico hasta cooperativas industriales de producción y distribución energética obtenida de fuentes renovables no convencionales.
- En recuperación-organización del espacio desde los innumerables okupas que nacen por toda la ciudad hasta latifundios completos recuperados por comunidades indígenas, pasando por las tomas de terrenos de pobladores y pobladoras.
- Etc.

Todos ellos en sus diferentes variantes muestran, según la escala y complejidad de sus prácticas, una polaridad desde los ejercicios de control comunitario sobre lo público hasta formas autónomas y autogestionarias de organización y producción de nuevo tipo controlado por sus originadores-productores.

Quiebres emancipatorios. Lo que abre la autogestión.

La forma lucha autogestionaria detona una serie de quiebres emancipatorios. Estos son micro escisiones históricas dentro de la misma forma social dominante que siembran, donde era todo llano y seco, la posibilidad de lo imposible. Estos quiebres, son disrupciones en el espacio-tiempo del sistema de dominio hegemónico que, como “grieta” en el sentido de Holloway, si son

revividas cotidianamente perviven en el tiempo, ampliando su marco de acción . La forma-lucha autogestionaria en el marco de la táctica de construcción de autonomía permitiría así los siguientes quiebres:

- Incidir en una correlación de las fuerzas entre las clases en lucha; le da sustento y fuerza a la autonomía. La autogestión ejerce una apropiación, una recuperación de factores expropiados con anterioridad a la clase y que son devueltos a su haber, restituyendo el orden de las relaciones económicas, políticas y culturales. Su capacidad de nivelación de las fuerzas puede observarse en el grado de avance -cuantitativo y cualitativo- de los que están privados, de tierra, riqueza y poder, y el nivel de retroceso de los propietarios y sectores dominantes.
- Desnaturalizar la contradicción de una sociedad dividida en clases; abre grietas para la ampliación de la autonomía. La autogestión contraría lo común, lo que vemos como dado. Es una ofensiva que golpea el orden vigente, descubre, gracias a su autoformación, los fetiches del capital exponiendo el carácter violento de la ley, la contra-insurgencia de la estatalidad, las limitaciones intrínsecas de su democracia liberal, y la estructura de clases detrás de ellos. Su capacidad de desnaturalización puede observarse en la profundidad-radicalidad de sus demandas y/o propuestas, si responden a cuestiones sintomáticas del sistema o a las bases fundamentales que le reproducen.
- Construir soberanía; socializa el poder dentro de la autonomía. La autogestión construye, recuperando la confianza

en sus propias capacidades, un poder propio. Esto hace que los medios a utilizar y los resultados conseguidos sean indivisibles de la asamblea, es decir son controlados directamente por sus originadores. Tanto el destino como los pasos son definidos por las mismas clases oprimidas. Su capacidad de construcción soberana puede observarse en las escalas de autorganización-independencia de sus espacios decisionales y de dirección-dependencia respecto de orgánicas políticas externas.

- Producir riqueza propia y recuperar el excedente de producción; socializa los bienes colectivos dentro de la autonomía. La autogestión es un modelo de producción de riqueza, un acto de generación de valor económico. Esta no sólo es un modo de subsistencia, sino también, e idealmente, un modelo alternativo de producción que genera satisfactores múltiples para el ser humano. En ella son las familias organizadas en asamblea y éstas en movimiento el actor administrador de los fondos públicos y/o productor de la riqueza comunitaria. Su capacidad de producir-recuperar se observa en el nivel de producción de recursos propios, monetarios, de inversión e infraestructura, y de arrebatamiento directo o indirecto al presupuesto público y la riqueza privada.
- Prefigurar una práctica anti-capitalista y una nueva materialidad socialista; la autogestión teje la autonomía. La autogestión genera valor colectivo, un bien que no tiene propietarios, es una riqueza sin dueño. Además construye relaciones sin jerarquías, construye un poder sin autoridad. Es un proceso donde no se reproducen las formas estado-céntricas y

capitalistas de la división social del trabajo; en una unidad autogestora, todos piensan, todos hacen, a todos según su trabajo y de acuerdo a sus necesidades. Como señalamos es ese tejido, en los cimientos del pueblo, que anticipa en sus luchas las futuras relaciones humanas. La capacidad de prefiguración solo puede ser observable en el desarrollo de la lucha de clases.

Así es como la forma-lucha autogestionaria desencadena un conjunto de prácticas liberadoras que, controladas soberanamente por sus originadores-productores permite la construcción desde abajo de un poder económico, político y cultural, con el objetivo de ser socializado en el colectivo organizado mejorando las condiciones vitales, cambiando la correlación de fuerza al interior del Estado, y yendo más allá de él, preconfigurando una sustitución de la vida capitalista por una vida de dignidad. Debemos ir, como fuerzas vivas de la llanura social, socializando la autogestión en la comunidad, para que ella autogestione su propio socialismo.

Algunos problemas comunes

Dentro de la literatura como en la práctica misma encontramos algunos ejes de conflicto que se reiteran dentro de las prácticas autogestionarias.

- Corporativización. Al momento que la unidad autogestora deja de pensarse como una contra-tendencia del capitalismo realmente existente, cae en el ostracismo, una desvinculación con la sociedad, y su consecuente despolitización. Cuando la colectividad organizada olvida que la autonomía debe manifestarse en lugares más amplios que el propio, pierde de vista también que ella lucha contra el poder y la autoridad donde quiere que estos se encuentren y no solo en el espacio mismo. Las complicaciones se originan por las mismas pulsiones del poder que reducen la práctica a “una situación en el que el capital tradicional sea sustituido por un colectivo de trabajadores, pero obligado a actuar con el mismo comportamiento” (Mendizabal y Errasti, 2008).
- Propiedad. Si se piensa la autogestión para el conjunto de la sociedad, la producción de riqueza social tiene un carácter eminentemente social, y en consecuencia los bienes acumulados por una empresa han de ser de propiedad popular y no de propiedad exclusiva de sus trabajadores. De cierta forma “tener muchos dueños en lugar de uno, no produce cambios fundamentales en la forma de operar capitalista aunque significa generalmente una mejora de las condiciones de trabajo y de la calidad de vida, pero puede llevar a los

socios de la cooperativa a pensar en lógicas empresariales” (Azzellini, 2009). El desafío es que la planta no se considere ni propiedad del Estado ni de sus trabajadores, sino de verdad propiedad del pueblo. El objetivo, al igual como sucede con la política, no es proponer una variante mejor, sino es desestructurar la propiedad como institución social (Mendizabal y Errasti, 2008).

- Planificación y dirección. No hay nada más contrario a un proceso autogestionario que un sistema de planificación vertical y de dirección centralizada, pero también no hay nada peor para el proceso autogestionario que la nula planificación y dirección, que el espontaneísmo. La autogestión “no trata de abolir la función directiva o de planificación sino que plantea su modificación, una conducción dirigida a esquivar que nazca la forma Estado en su seno” (Rosanvallón, 1979). Las prácticas autogestionarias deben abarcar la planificación y dirección, pero la planificación total y la dirección absoluta implica su más segura muerte.
- Productos esperados. Un proceso autogestionario no puede evaluarse exclusivamente desde los resultados obtenidos, pero tampoco puede desentenderse de los mismos. Sin duda que la riqueza está en el proceso, pero su sobrevivencia depende también de los productos esperados, que la lucha misma provea al pueblo de satisfacción a sus necesidades más sentidas. Esto lleva muchas veces a la ineludible tensión entre técnica y política, la necesidad de profesionalizar cada uno de los espacios autogestionarios y que, mantengan su carácter popular y de lucha. La opción por uno u otro pue-

de devenir en tecnocracia en el seno del movimiento o su radicalización desituada de la realidad social. Nuevamente el desafío es su articulación: la profesionalización militante y la politización de la técnica.

- Intervención. El crecimiento organizacional lleva muchas veces a la instalación en lugares sin previa presencia territorial. Esta suerte de intervención autogestora (Muñoz, 2013) corre el peligro que la política de las autonomía haga de la asamblea una entelequia, de la comunidad una abstracción. Dicha situación solo puede ser manejada mediante ese siempre necesario proceso de organizar-se, educar-se, y en la marcha, socializar responsabilidades, tareas y sobre todo poder. Caso contrario es más sólo una política de masas con banderas de auto-organización; hace de la práctica autogestionaria popular, pero sin poder.

Los problemas de la corporativización, la propiedad, la planificación y dirección, los productos esperados y la intervención fueron seleccionados entre muchos otros problemas que sufren diariamente las prácticas de ejercicio y construcción de autonomías. Esto porque representan, a nuestro parecer, zonas claves de la prefiguración socialista y su contraposición directa a la forma Estado. Es decir, si hoy dichas acciones y actividades autonómicas caen en la corporativización seguramente mañana, en otra escala, tengamos una nueva burocracia popular, lo mismo con la propiedad, si no es colectivizada en el presente quedará probablemente a manos del aparato estatal, si ahora no logramos una planificación y dirección democrática el centralismo será inminente, si en lo cotidiano no damos respuestas certeras

a las necesidades de la gente, difícilmente lo haremos desde la gubernamentalidad, y si no logramos que la autogestión sea socializada, nuestro socialismo será, como ha sido en innumerables ocasiones, más de arriba que de abajo.

El problema de la violencia, el estado y la hegemonía para las autonomías

Para este socialismo que se construye desde abajo y a pulso, y no por arriba con decretos, identificamos, inicialmente para su práctica, tres grandes nudos sin desatar. Estos los queremos exponer a partir de ciertas experiencias que poco tienen en común, pero más que la especificidad de los casos nos interesa comunicar el problema similar al que se enfrentaron. A su vez la exposición de éstos no constituye un ejercicio evaluativo de sus éxitos o del nivel de ruptura respecto del sistema de dominio, y por supuesto es incapaz de comunicar sus matices, sino el interés está en relevar los nudos críticos que en la materialidad concreta de la construcción de autonomía hicieron y hacen de dinámicas obstaculizadoras para un desenlace favorable del proceso.

1) No se observan experiencias de construcción de autonomía que en un proceso de crecimiento y radicalización no hayan llegado a una confrontación directa con el poder.

a) El caso de la Comuna de París en 1871 y las políticas autónomas

que tras dos meses de democracia popular y diversas fórmulas de abolición estatal devino en el enfrentamiento directo con el Ejército Prusiano y su derrota militar.

b) La Revolución Majnivista en Ucrania en 1918 que, contra la URSS, crea su Ejército Negro implanta un sistema federativo y autogestionado aboliendo gran parte de las estructuras estatales declarando Territorios Libres bajo organización obrera-campesina y sus Consejos Insurgentes, y tras tres años fueron derrotadas por la invasión del Ejército Rojo en conjunto con grupos armados Blancos.

c) La República Soviética de Baviera en 1918 que durante seis meses desarrolló un autogobierno de obreros, campesinos y soldados siendo capaces de derrocar al Rey Luis III declarando el territorio liberado y bajo control del proletariado, terminando con la invasión militar de las fuerzas monárquicas y el asesinato de toda la dirigencia anarco-comunista.

d) La República Socialista en Chile en 1932 que impulsó expropiación de tierras, la destinación de los fundos fiscales a ser colonizados por cesantes, la ocupación popular de los inmuebles públicos en desuso, entre muchas otras medidas, y doce días después paralelamente a una gran muestra de apoyo obrero en Santiago es destituida de facto por la elite.

e) La experiencia de las colectividades en distintas regiones de España impulsadas por las columnas anarquistas, cenetistas y otros, que abolieron la propiedad privada, socializaron la producción y edificaron nuevos órganos de poder popular, e incluso en algunos territorios llegaron a eliminar el dinero; siendo derrotados en 1937 por la contrarrevolución socialdemócrata y luego ambos

por el franquismo.

f) A su vez los diversos esfuerzos político-militares con trabajo de masas autogestionario ya sea en ocupaciones de tierras, fábricas recuperadas, producciones campesinas y otros, en los sesenta tales como el MIR en Chile, el ERP en Argentina, el MRTA en Perú, MLNT en Uruguay y el ELN en Bolivia que fueron acribillados por la contrainsurgencia derechista.

2) No se observan experiencias de construcción de autonomía que hayan atravesado por una fase de institucionalización estatal y mantuvieran su radicalidad revolucionaria sin ahogar las fuerzas internas que le dan vida.

a) La Revolución Mexicana en 1910 que restituyó la propiedad de la tierra por las armas y entregó a los campesinos soberanía civil, política y popular, para luego institucionalizarse dando forma y nacimiento a una de las dictaduras más largas de la historia, la del Partido Revolucionario Institucional.

b) Los mismos Soviets en la URSS desde 1917 que luego centralizados pasaron a constituir la estructura burocrática de la revolución ahogando el poder obrero, fortaleciendo el capitalismo de Estado y reprimiendo todo tipo de antagonismo interno.

c) La experiencia Yugoslavia desde 1950 y su socialismo autogestionado de planificación central que terminó por burocratizar las unidades autogestoras y reprimir las movilizaciones federativas.

d) La Revolución Boliviana de 1952 impulsada por las premisas del control obrero, la disolución del Ejército y su sustitución por milicias de mineros, obreros y campesinos, que terminó liberalizando la economía y criminalizando a los sectores en lucha.

e) El gobierno triunfante de la batalla de Argelia en 1962 dirigido por el FLN que supeditó su propuesta de control directo obrero y campesino a una estructura económica semi-colonial, y políticamente servil a Francia y Estados Unidos.

f) El gobierno revolucionario de las Fuerzas Armadas en Perú en 1968 que declara la reforma agraria y la autogestión, ampliando la propiedad social y una economía cooperativa, y a los pocos años cedió a la liberalización económica y la completa mercantilización.

g) El caso chileno con Salvador Allende en 1970 y el esfuerzo de intencionar desde el Estado un área de propiedad social que luego fue frenada y condicionada a los tiempos y lugares selectivos de la transición bloqueando las recuperaciones de tierras, fundos y fábricas por fuera del control central.

3) No se identifican experiencias de construcción de autonomía que pudieran sobrevivir a la devoradora digestión capitalista desde lo local o manteniéndose en una “sociedad paralela”.

a) Los falansterios en Francia en 1820 que vivieron poco tiempo cerrando en la mayoría de los casos por dificultades internas.

b) New Harmony de Robert Owen en Indiana Estados Unidos en 1825 que compró tierras sin cultivar para trabajarlas con campesinos migrantes, y tuvo que cerrar a los meses por similares asuntos.

c) Los pioneros de Rochdale en 1844 en Inglaterra que desde una empresa de textil impulsaron los principios cooperativos llegando a cientos de miles de afiliados pero sin superar la región siendo subsumido por la empresa colonialista y el reformismo laboralista.

d) Casos también como el cooperativismo belga de mediados

del siglo XIX que, como señalaba Martí, dejó trabajadores con bienestar material pero sin ganas de luchar, perdiendo toda perspectiva de construcción socialista.

e) Las cientos de colonias que se levantaron en América Latina inspiradas en estos principios. En 1890 en Brasil se crea la Colonia Cecilia, sin leyes, religión, ni propiedad privada que también al poco tiempo cierra por problemas administrativos.

f) El consejismo de las fábricas en Italia y el obrero alemán que si bien se les reconoce su muerte ante la represión del fascismo, su derrota antes que militar fue política frente a la conducción nacional reformista y centrista de los socialistas en el primero y la captura de los consejos por la fuerza socialdemócrata en el segundo.

g) Y los Kibuts en Israel que con el tiempo fueron simplemente digeridos por el capital privatizando sus tierras y unidades productivas.

Los problemas y sus dinámicas obstaculizadoras

Cada uno de los nudos críticos enseña un problema práctico para el ejercicio y construcción de autonomías:

- Un espacio contestatario que amplifica su accionar de ruptura al sistema dominante lo más seguro es que devendrá en una confrontación directa con el poder, el problema de la violencia para las autonomías;

- El riesgo real de la institucionalización estatal, su paso a la burocratización-jerarquización y la destrucción de la fuerza creadora utópica de la autogestión, el problema del Estado para las autonomías.
- La ineffectividad de construir esfuerzos prefigurativos aislados del poder sin encauzarlos en la lucha política nacional, continental y mundial, el problema de la hegemonía para las autonomías.

Los casos, que hacen sólo de ejemplos, permiten a su vez, delimitar las dinámicas que, dentro de cada nudo crítico, fueron obstaculizadoras para un desenlace favorable para la clase.

- Respecto de los casos enfrentados al problema de la violencia se registran dos dinámicas que debilitaron su quehacer: en casos como París, Ucrania, Baviera y Chile de la República Socialista se dio una hipertrofia social-transformativa que devino en una atrofia político-militar (se supeditó la defensa armada del proceso al despliegue democratizador y la implantación de medidas redistributivas y alto simbolismo social) y en otros como España y los cuerpos político-militares en Chile, Perú, Uruguay, Bolivia y Argentina el caso fue una superposición de la lógica militar sobre la construcción político-social (situación en que la jerarquización militar se montó sobre la riqueza de la política popular y el aparatismo provocó un dislocamiento del brazo armado con el puño social y político de la clase).
- En relación a los casos que cruzaron el problema del Estado se observan dos dinámicas que contrarrestaron la fuerza de sus procesos: la Revolución Mexicana y la URSS son

paradigmáticos en la burocratización y su consecuente jerarquización y la distancia de la clase del control político, económico y cultural (la emergencia de la forma Estado como lógica burguesa de comando-obediencia que se instala en el seno del sector revolucionario) y Yugoslavia, Bolivia, Argelia, Perú y Chile referentes de una institucionalización estatal caracterizada por la planificación centralizada de las unidades sociales autogestoras (el desarrollo de una fuerza central que se superpone a las autonomías de base negándolas en su potencialidad instituyente).

- En los casos frente al problema de la hegemonía se identifican dos dinámicas que provocaron su debilitamiento y/o desaparición: los ejemplos del consejismo alemán e italiano y del cooperativismo inglés muestran que la lucha radicalizada sino supera el localismo no tiene herramientas para contrarrestar la conducción del progresismo y la revitalización de las estructuras de dominio capitalista y colonial (la autogestión logrando significativos niveles de crecimiento cualitativo su carácter local le impidió un marco político de mayor alcance para cristalizar sus aspiraciones en la transformación de las estructuras de poder en su conjunto) y los Kibuts y la multiplicidad de experiencias locales autogestoras enseñó que la política de aislamiento en islas de resistencia demuestra que su reproducción social se pone en duda ante las pulsiones del sistema capitalista (un espacio autónomo bajo el capitalismo no tardará mucho en paralizarse de ahí la dificultad de la cohabitación por mucho tiempo de un sector autogestionado al interior de

una sociedad dividida en clases).

Ahora, ¿la carga histórica de estos nudos críticos, sus respectivos problemas y dinámicas obstaculizadoras es equivalente a sostener que la política de las autonomías y de un socialismo desde abajo está condenada a la derrota militar, a la burocratización, o al localismo? Situando hoy estos problema dentro del devenir material de los desafíos del socialismo cabe preguntarnos ¿pueden las autonomías coexistir sin un enfrentamiento directo con el poder?, ¿pueden las autonomías sin desnaturalizarse devenir en una nueva hegemonía socialista y libertaria?, ¿pueden las autonomías construir, defender y permanecer sin ser hegemónicas respecto del sistema dominante? Y también ¿la política de las autonomías es suficiente, como estrategia, para la construcción de una alternativa revolucionaria en Chile, América Latina y el mundo? y ¿será posible la emergencia de esta opción revolucionaria sin la construcción de dichas autonomías?

Una política de las autonomías más allá del estado

Habiendo identificado los nudos críticos para la política de las autonomías podemos proyectar su vínculo con una estrategia para el periodo. Se necesita de una forma-lucha autogestionaria que enfrente directamente la estructura monolítica del poder, que sea capaz de moverse en sus intersticios y que le supere. Queremos así de:

- Un caminar que no se reduzca a construir sin el Estado en modo de islas de resistencia o desde el localismo, sino que se proponga ir más allá de él, superar sus mediaciones y formas de organización, como sus símbolos y modalidades de participación.
 - Un caminar que no se limite tampoco a construir contra el Estado desde fórmulas político-militares, sino que utiliza la violencia como medio para agrietar y ampliar los límites de lo posible, para trascender el pensamiento único y las alternativas dadas como exclusivas.
 - Un caminar que no se quede en la conquista de espacios del aparato estatal sino perfile los avances tácticos como acumulación histórica de una alternativa anti-sistémica.
- Como se señaló al describir las formas-lucha, se requiere de una estrategia revolucionaria de construcción y ejercicio de autonomías que tácticamente luche contra, sin y desde el Estado, con miras a su superación, ir más allá de él. Es importante tener claro ese panorama amplio del proceso para superar las limitaciones de esfuerzos pasados y presentes:
- La forma-lucha autogestionaria sin confrontación puede ser importante como ejercicio de aprendizaje, subsistencia y crecimiento organizacional, pero pasa a ser inofensiva para los ricos y poderosos sin producir grandes convulsiones en la correlación de fuerzas; y sin reivindicación difícilmente sus conquistas llegan a ser condensadas en la estatalidad limitando sus posibilidades de reproducción en el tiempo.
 - La forma-lucha confrontacional sin prácticas liberadoras que le sostengan puede ser significativa para agrietar el orden

burgués, pero difícilmente proyectan la fundación de una nueva sociedad o generan las condiciones para ello, y sin avances materiales contruidos junto a la clase difícilmente logran la fuerza social necesaria que respalde una opción insurgente.

- La forma-lucha reivindicativa que alcanza conquistas populares dentro del Estado sino cuentan con espacios de autogobierno donde ser dispersado y la voluntad de hacerlo, son fines en sí mismos y reproducen la concentración de poder, la centralidad estatal, y la estructura de clases de la sociedad; y si pierde de vista el problema de la violencia, son reducidas sus opciones de defensa del proceso y de lo logrado.

La forma lucha reivindicativa, la confrontacional o autogestionaria, son formas de combatirle al sistema que adquieren utilidad revolucionaria según su contexto histórico, el periodo, y la coyuntura política, por ello en la construcción de las autonomías evitar todo dogmatismo. Pensando precisamente en los tiempos largos debemos tener tantas herramientas como estructuras de dominación existen y ser capaces de emprender cualquiera de ellas, incluso simultáneamente. La violencia cuando sea necesaria, la ley hasta donde nos sirva, la autogestión como forma de caminar. Por ende, para superar el destino fijado por las tendencias históricas, es necesario dibujar una política de las autonomías que, situada en una estrategia revolucionaria superadora de la forma social dominante, esté preparada para los golpes y embates de la violencia estatal alistando a un pueblo en armas sincronizadas en sus columnas de combatientes sin caer en el vanguardismo o el militarismo; una política de las autonomías que disputa espacios

de lo estatal en su despliegue, pero sin subalternizar sus luchas a un fin ulterior, como es la toma del poder, ni caiga en la ilusión que por el Estado pasarán las transformaciones de fondo de la sociedad capitalista y; una política de las autonomías que no se reduzca a lo compensatorio ni se limite a su sobrevivencia, sino que anuncie la búsqueda de las contra tendencias a los patrones de dominio hegemónicos. Una política de las autonomías que se haga cargo de construir una fuerza contra instituyente del capitalismo realmente existente. Una política de las autonomías como alternativa para la construcción del socialismo.

De tal modo, la autogestión en específico y el ejercicio y construcción de autonomía en general deben ser pensadas como una estrategia revolucionaria contra el capitalismo y como un modelo de reorganización socialista de la sociedad colocando de manera concreta la destrucción del aparato del Estado burgués y el derrocamiento de su burocracia (TRI, 1987).

En el socialismo autogestionario

Tomando las reflexiones de Gramsci, la construcción de autonomía haría parte de la “guerra de posiciones” entendida no como repliegue defensivo ante la incapacidad de nuestro poder de fuego, sino como estrategia de construcción permanente de larga duración, centrada en un proceso de acumulación de fuerzas populares y de desarrollo de una contra-hegemonía, de un poder alternativo. Como le señalaba Marx a los pustchistas

del 48' "tendréis que pasar por quince, veinte, o cincuenta años de guerras civiles e internacionales, no solo para cambiar las condiciones existentes sino también para cambiarlos a vosotros mismos y capacitarlos para la dominación política" (citado en Draper, 2001).

Esta estrategia resulta de utilidad en el periodo para levantar una opción frente a quienes siguen esperando una inesperada "guerra de maniobras" que lleve los trabajadores al poder o quienes descansen en ejercicios autonomistas sin un horizonte socialista más solo quedándose en lo testimonial.

En esa guerra de posiciones importan los avances tácticos, por abajo (en la suma de fuerzas sociales), y por arriba (a nivel de Estado) con el objetivo de agrietar la cohesión del capital y lograr un quiebre en la dirección política y cultural del pueblo. Esta lectura para una transición socialista desde el ejercicio y construcción de autonomías, rescataría, siguiendo a Rey y Ouviaña (2012), una estrategia revolucionaria que no ancla sus propuesta en el paradigma de la revolución francesa, sino mas bien es "una acepción –en Marx- que remite a la larga y contradictoria metamorfosis que se inicia antes de aquella conquista y que culmina mucho después de que ella se logra". En efecto la conquista del gobierno en este caminar, ya sea por asalto o electoralmente, no se desconoce pero es secundaria en relación al proyecto de largo aliento, cual es la eliminación del Estado, la propiedad y toda forma de dominación colonial y su sustitución por experiencias de organización societal socialistas y libertarias; por ello "su conquista operará (ni como comienzo, ni como final sino)

como bisagra en un continuo transformador de la sociedad capitalista".

Continúan los autores: esta propuesta de transición como proceso de cambio radical de un punto a otro que incluye diversas acciones sucesivas, lleva la práctica autogestionaria y la construcción de autonomía, a un proyecto que se esfuerce por ser coherente hacia formas de emancipación social más avanzadas, y que tenga en miras el horizonte socialista. La clave pues reside en cómo construir las relaciones de fuerza, los apoyos suficientes como para avanzar en dichas transformaciones.

Es la capacidad táctica de luchar contra, sin y desde el Estado, el capitalismo y la colonialidad lo que permite una modificación en la correlación de fuerza al interior del sistema de dominio hegemónico, y provee de la oportunidad estratégica para perfilar su superación, de ir más allá de él.

Así pues, la forma-lucha autogestionaria situada en el ejercicio y construcción de autonomías y ésta como alternativa superadora de la forma social dominante, es la base de nuestro socialismo.

Imaginamos un socialismo autogestionario, como referencia al proceso de organización social, económica y político centrado en el control directo de la comunidad, en la asociación libre de los pobladores y pobladoras del mundo, y la cooperación solidaria de la clase en su conjunto. Le llamamos socialismo autogestionario puesto que la gente es soberana de su destino, controlando las herramientas económicas, culturales y políticas creadas y cuya voz radica en los órganos de poder

asamblearios que se ha dado a sí misma. Vemos un socialismo autogestionario porque sus prácticas emancipatorias no son las estatales o mercantiles sino las que se da el propio pueblo.

Es un proceso de acumulación de fuerza histórica que no pasa por el Estado, sino por la comunidad (la clase trabajadora organizada en sus territorios), por su rol como sujeto/a de la transformación radical de la vida y de la organización libertaria del mundo. Por eso no reivindicamos “todo al Estado”, como lo haría la izquierda tradicional, más bien confiando en nosotros y nosotras mismas, gritamos “todo para la gente”.

La política de las autonomías en la transformación revolucionaria

El camino de construcción de autonomía, como señala Aguirre Rojas, implica la “generación de un contra-poder tan masivo que permita justamente modificar de manera radical todo el modo y todas las formas del poder político, así como las relaciones que él establece” (2009). Es precisamente ese avance de la autonomía, ese crecimiento del marco de influencia y acción del poder propio, el que va destruyendo el poder de los de arriba, de los ricos y poderosos. Esto porque el pueblo dueño de su destino, de los medios de producción que se ha dado (contra la economía capitalista) y de los espacios de soberanía que ha creado (contra la democracia liberal), hace del Estado superfluo por cuanto en determinados espacios y momentos trasciende hacia su libertad, dotándose de

sus propios órganos económicos, políticos y culturales donde ejerce el control directo de su situación vital, quebrando así su subalternidad, respecto de las clases dominantes

Ahora, para que dichos lugares y tiempos singulares de construcción autonomía y autodeterminación social alcancen la totalidad de la resistencia y el nacimiento de una nueva hegemonía alternativa, libertaria y socialista, se requiere además de un cambio sustancial en la dirección política, un quiebre en la composición de clase de los grupos gobernantes. El proceso de transformación revolucionaria desplegará libremente sus fuerzas de forma masiva al momento que esa apropiación de los roles y funciones del Estado llegue también al liderazgo político, y el pueblo mandando desde sus territorios y el gobierno, por sobre la constitucionalidad, el parlamento y la justicia burguesa eche abajo las últimas barreras del régimen anterior, desencadenando a lo largo y ancho de todo el territorio las fuerzas vivas que le antecedieron, y le controlan, extinguiendo así los últimos vestigios de las cadenas del pasado, el quiebre radical y absoluto con la antigua sociedad.

La re-apropiación forzosa de los roles y funciones del Estado a manos de la clase junto con la expropiación a la clase dominante de su rol dirigente devolverán al organismo social, pasando lo más seguro por uno o una serie de enfrentamientos directos, todas las fuerzas que hasta ese entonces venía absorbiendo el Estado parásito, y así el pueblo liberado socialmente y soberano de sí mismo políticamente, reorganizará de un modo nuevo la producción y las relaciones sociales sobre la base

de una asociación libre e igualitaria, enviando el Estado y su maquinaria al museo de las antigüedades. En consecuencia al momento que el crecimiento de las autonomías se cruce con la toma del aparato estatal solo puede ser uno que se dispersa, extinguiéndose en sus comunas y territorios en cada uno de los órganos de poder popular controlados democráticamente.

En ese sentido si las autonomías construidas por las comunidades y sus movimientos son un anti-Estado en tanto son capaces de constituirse aun en la sociedad capitalista como modelo opuesto al sistema (Bignami, 2010), un partido revolucionario, que sintetice en la diversidad la unidad de las fuerzas en lucha, debe ser un anti-poder en potencia, debe conducir la política tal cual la conocemos hacia su conclusión, al fin de la misma. El partido de la autonomía, de la autogestión, debe ser un partido dispuesto y destinado al suicidio puesto que al momento del quiebre radical de la correlación de fuerza este debe darse muerte para el nacimiento de nuevas estructuras de participación (federativas, mutualistas y de acción directa) que den rienda suelta a las autonomías en un proceso constituyente de refundación completa y absoluta de la sociedad. Siguiendo a Noam Chomsky (2005), cuando exista una participación directa en la autogestión, en los asuntos económicos y sociales, las facciones, conflictos y diferencia de intereses, ideas y opiniones tendrían que expresarse en todos los niveles de la vida social, por cual si los partidos representan intereses básicos de clase, y en ese tipo de sociedad, las clases habrán quedado eliminadas o superadas, no veo en absoluto porque habrían que agruparse en ellos.

Volviendo a la idea inicial, justamente esa vinculación dialéctica de la ampliación de la autodeterminación social mediante la creación de órganos de poder popular y la disputa del Estado como instancia gravitante de dominación política de una clase sobre otra, hace de la revolución un caminar, un incesante esfuerzo por la extinción de toda forma de dominación (política, social sexual, racial, étnica, etaria y ecológica) y el monopolio del poder existente y la creación, aquí y ahora, de la sociedad futura.

El problema del estado

Como bien señala Obregón (2012) el Estado moderno es la organización del dominio político, de la coacción permanente y de la explotación económica del proletariado. “El Estado capitalista no es, pues, una máquina o instrumento que pueda utilizarse en un doble sentido: ayer para explotar al proletariado, mañana para emancipar al proletariado y oprimir a la burguesía”. El Estado como relación instituyente de la sociedad no es neutral, posee una direccionalidad histórica a la cual debe servir: la defensa irrestricta de los intereses de una minoría dominante.

Es claro que hoy el Estado tal como lo describía Obregón, no es el mismo que ayer. La ampliación de la dominación de la burguesía por medios paraestatales ha reducido su margen de maniobra, el acotamiento generalizado de su marco de acción frente a las fuerzas imperialistas estatales y corporativas

disminuyó su soberanía territorial, y el cercenamiento del área de seguridad social bajo el anti-estatismo neoliberal ha limitado sustancialmente la dimensión política de él.

Sin embargo, el Estado, en su núcleo mantiene el monopolio de la violencia controlando la insurgencia de la población, resguardando la explotación de la clase trabajadora y oprimiendo las voces de disidencia al pensamiento único, como lo han hecho los últimos doscientos años; sigue siendo gravitante en el desenlace de la lucha de clases. Sigue ahí, como aparato (dispositivos materiales de control social y de servicios de bienestar), como relación (parte de la sociedad) y como institución política (prácticas y conductas colectivas propias del poder). Y aun cuando específicamente el Estado chileno sea geopolíticamente insignificante en las jugadas de las fuerzas mundiales, éste fue, es y será decisivo para reproducir sus políticas coloniales bajo el espacio a intervenir.

Por eso asumir que el Estado es hoy una mera “cáscara legal” y por cual posible de omitir en una política emancipatoria parece sencillamente un error para el periodo y un desacierto para la coyuntura.

Como se vio anteriormente, la idea de política bajo la estrategia de la autonomía, supera la restricción liberal de lo estatal, su práctica va más allá de la jaula de sus instituciones y su horizonte se centra en la construcción de un poder popular y no en la centralidad de la toma del poder. Pero eso no significa renunciar a su conquista sino más bien establecer previamente los términos.

Sabiendo que lo central está en el poder-hacer de los de

abajo, en su capacidad económica, política y cultural de resistir y avanzar, el Estado sigue allí. No podemos por “decreto de nuestra decisión intelectual, e incluso por la radicalidad de las prácticas autonómicas, que se logre eludir la referencia al Estado como instancia clave de la lucha política, es improbable que su poder y dominación disminuya simplemente por darle la espalda” (Ciezza, 2006).

La experiencia nos dice que “su indiferencia o rechazo es significativo como muestra de malestar con este orden de desigualdad, pero para el periodo no proyectan una alternativa más allá del Estado o del Capital; difícilmente sirven como referencia para la fundación de una sociedad distinta” (Rodríguez, 2007). Mas allá “de la renovación de los aires de rebeldía no produce una vía concreta para la superación del sistema de dominio hegemónico” (Rey, 2004).

Como señalaría Ana Dinerstein (2010), “la autonomía parece ser posible cuando se recrean las relaciones sociales a nivel comunitario y se trabaja confrontando (y no evadiendo) al Estado”. La ilusión de que “el Estado pueda extinguirse al cabo de una larga transición socialista desconoce justamente la perversa centralidad de esa institución” (Arancibia, 2004).

Así pues, la lucha por la autonomía, como búsqueda incesante por descolonizar todos los campos de la vida social, debe hacerse a lo largo de toda la sociedad, incluyendo el Estado. Señalaría Adamosky (2011) “la autonomía, el contrapoder, es el horizonte fundamental de nuestra táctica política, pero para cambiar el mundo tenemos que encontrar alguna forma de desapoderar al Estado y reemplazarlo por otra forma de

relación social”. Sigue estando pendiente, “para ese mundo donde quepan muchos mundos, vencer la resistencia de quienes gozan del mundo tal cual es hoy y convencer para que se sumen a quienes se beneficiarían de un cambio radical” (Thwaites Rey, 2004).

La autonomía no es un proceso puro, es más solo, como dijimos, un caminar cuyo fundamento está en que la comunidad acumula fuerza y poder-hacer económico, político y cultural y amplía “el espacio político donde los pueblos se sustraen del poder del tirano” (Albertani, 2011).

Solo para recalcarlo más. Es un error subalternizar las luchas a la meta de la conquista del Estado, pero también omitirla de antemano en el diseño de una política emancipatoria. El asunto central es que para la autonomía, su disputa es un asunto táctico, no constituye el horizonte estratégico, por cual debe estar siempre supeditada a la contribución que puede hacer, o no, al fortalecimiento de la sociedad organizada.

Es una interpelación a leer dialécticamente el actual proceso emancipatorio y evitar todo determinismo dentro del campo revolucionario, entre quienes aún vanguardistas persiguen la conquista o el asalto del Estado para desde ahí lograr cambios políticos dejando de lado las transformaciones sociales, y entre quienes caigan en el autonomismo cometiendo el mismo error pero inverso, asumen la consecución de transformaciones sociales obviando un cambio político a nivel del Estado.

La interpelación de Miguel Mazzeo (2005) parece muy sugerente en esta dirección. Lo necesario es “abrir un debate a dos frentes” entre los que proponen el “socialismo en un

solo partido” y los que promueven el “socialismo en un solo barrio”. El desafío pendiente sigue siendo construir un proyecto integral de emancipación y de liberación, un proyecto revolucionario de poder popular. Un socialismo “más allá del partido” y “más allá del barrio”.

Como se ha insistido, con miras a la construcción colectiva de una alternativa más allá del Estado capitalista se debe superar esa vieja dicotomía del “por fuera” y “por dentro”, y asumir precisamente su articulación; no debemos caer en el electoralismo y las trampas de lo estatal, pero tampoco en el activismo y el rechazo absoluto al Estado. Diría Guillermo Cieza (2006), “lo que supone la base y lo que representa el partido no son términos que corran por andariveles separados. Por supuesto hay una contradicción entre la totalización y la particularización, pero no hay que apresurarse a señalar una oposición sino intentar una vinculación dialéctica”.

En palabras del Sub (2006), “nosotros pensamos que el problema del gobierno —y de la toma del poder— se invierte: deja de ser el objetivo central de un movimiento de transformación y se convierte en una pieza más de ese movimiento. Ojo: una pieza más; no es excluida de ese movimiento. Sí va a haber que hacer eso, pero no es el punto de partida, ni el de llegada. Es uno de los pasos que hay que dar en esa organización de la sociedad”

El Estado, si bien, es una contradicción por ser un instrumento -no neutral- del orden capitalista, de los intereses de una clase, y motor de la reproducción de la dominación de las grandes mayorías, su oposición a la lucha autonómica

es un falso problema. Como señalaba una vez un luchador trasandino, “la diferencia en la estrategia de Villa y Zapata, es que ambos querían llegar a Ciudad de México para conquistarla y terminar con la opresión oligárquica, pero mientras el primero llegaría a tomar la ciudad y repartir las tierras, el segundo en su caminar iba repartiendo tierras y socializándolas entre las comunidades”.

Precisamente la riqueza está en la complementariedad de ambos caminos en la búsqueda de su superación; caminar permanentemente en esa tortuosa contradicción de “luchar contra el Estado para eliminarlo como instancia de desigualdad y opresión, a la vez que se lucha por ganar territorios dentro de él que sirvan para avanzar en las conquistas populares” (Thwaites Rey, 2004). El desafío es asumir la contradicción y cabalgar sobre ella, debemos ir repartiendo tierras y también tomarnos la ciudad para expulsar a la oligarquía.

La orientación de la forma lucha autogestionaria enmarcada en una estrategia revolucionaria puede considerar en la táctica coyuntural al Estado en su desarrollo, pero jamás se agota allí, puesto que su mirada para el periodo se perfila en una tarea de construcción de poder en su sentido amplio.

Como señalaba un compañero de la organización, “no queremos pedazos del Estado porque creemos que podemos luchar mejor desde ahí, desde adentro, sino puesto que con ellos nuestra posición de lucha, desde afuera, es mejor aún”; se fortalece, cuantitativa y cualitativamente, el puño social y político de la clase, se robustece el poder de los de abajo. Es decir, vamos politizando lo social gracias a las múltiples y

diversas formas de construcción de autonomía, y además vamos socializando lo político, dispersando el poder, generando así una fuerza creadora de la nueva sociedad y destructora del viejo Estado. No es una antinomia, muy propia del pensamiento liberal; no es una u otra, es su vinculación dialéctica proyectando su superación.

Mientras las comunidades funcionen como base y dirección de la estructura política revolucionaria es posible combinar un proyecto comunitario con una gesta nacional y mundial, uno donde el socialismo no se imponga desde arriba sino como proceso que consolida las autonomías comunitarias en una ofensiva por la recuperación de la soberanía, una batalla por que el pueblo mande y se mande, gobierne y se autog gobierne.

Notas complementarias

Apuntes de autonomía y la autogestión

Manuel Rojas

El termino autogestión reviste hoy día un conjunto de prácticas, de teorías y distintos caminos recorridos bastantes disimiles entre ellos. Sin embargo todos ellos traducen un deseo de “tomar a cargo sus propios asuntos”. El despliegue de ideas y prácticas autogestionarias se leen igualmente en la expresión que asocian la autogestión a proyectos de transformación social, económico, político: “viviendas autogestionadas”, “autogestión de las luchas”, “autogestión pedagógica”, “autogestión social”, “socialismo autogestionario”...

En razón de esta multiplicación de formulaciones teóricas y de manifestaciones prácticas, parece más exacto hablar de las autogestiones en lugar de “Una Autogestión”, entendida como un modelo único y universal de transformación social valido y transmisible a realizar en todos lugares y circunstancias en una formación social dada.

El enfoque filosófico y político fundamental de las autogestiones escritas se desprenden de los aportes de Rousseau, Descartes y Marx que permiten la construcción de una teoría política de la autogestión que se traducen en el reconocimiento de principios y la puesta en marcha de la igualdad de las personas y de la composición de las libertades individuales y colectivas; pero estas no podrían alcanzarse sino que en

una pluralidad de caminos y de experiencias que instaure la permanencia de las diferencias, y de manera inevitable los conflictos en el seno de la lucha de clases.

En el curso de los años 1960-1970 la autogestión se implantó por una parte, como una temática original con múltiples ramificaciones y facetas, y por otra parte, como una exigencia social y política.

El interés por este tema ha producido una abundante literatura donde los escritos políticos se mezclan con las narraciones y análisis de experiencias, se deben incluir también los estudios teóricos que comprometen las principales disciplinas de las ciencias sociales y humanas. La autogestión a partir de este periodo ha sido objeto de investigación por numerosas instituciones científicas; economistas, politólogos, sociólogos consagran innumerables debates y coloquios para elucidar este concepto que hace parte integrante ahora de las referencias culturales y políticas.

Numerosas experiencias autogestionarias y principalmente la de la Yugoslavia (de Tito) demuestran el riesgo real de institucionalización y que un proceso de tales características termina a menudo por reducir o destruir la fuerza creadora utópica y crítica de la autogestión.

La referencia a los acontecimientos de 1968 (Europa y América Latina) sirven para situar y comprender el éxito equivocado de esta “vieja idea nueva”. Antes de este periodo solo algunos grupos e intelectuales militantes de las más diversas corrientes se interesaban en la autogestión: anarquistas, consejistas, marxistas anti-estalinistas, socialistas, trotskistas, etc. Esta

referencia común se fundaba en una serie de rechazos: al burocratismo como modo de gestión del socialismo; al modelo bolchevique de la revolución soviética; las experiencias social-demócratas de cambio social.

La perspectiva autogestionaria se alimentaba de una cierta idealización de las experiencias argelinas y yugoslavas creando así un espacio de reflexión donde confluían diferentes corrientes de pensamiento, conservando cada una de ellas algo de esencial del referente común. Esta situación permitió que numerosos debates fundamentales que atravesaban al movimiento obrero -que habían sido abandonados- por ejemplo la polémica entre marxistas y proudhonianos, hayan sido retomadas y enriquecidas a partir de experiencias concretas y de conceptualizaciones teóricas nuevas.

Hoy podemos constatar que la autogestión está inscrita en los programas de la mayoría de los partidos de izquierda y de extrema izquierda, incluso si la diferenciación permanece en cuanto a la apreciación de sus posibilidades y condiciones de puesta en marcha.

Esta integración de las problemáticas autogestionarias en los discursos políticos se ha realizado sin que los modos de organización y de intervención de estos partidos se hayan notoriamente modificado. Esto ha impedido la reflexión política sobre la autogestión se realice y se hayan sacado las lecciones para plantear una cuestión crucial:

Esta idea fuerza, portadora de un rechazo de todas las separaciones inherentes a los sistemas de delegación de la democracia representativa (en este sentido la autogestión

apunta a incrustarse en el campo de la democracia directa), puede ella sin desnaturalizarse devenir la ideología de una forma política específica como un partido, el cual por su funcionamiento mismo, instituye lo que está al centro de la crítica autogestionaria: la jerarquía, la profesionalización, las formas de delegación y mandatos de poder. En este sentido la teoría autogestionaria es fundamentalmente anti-leninista.

Se puede argumentar y agregar que con la emergencia en estos últimos años de acciones colectivas denominados movimientos sociales, que estos vehiculan reivindicaciones políticas autogestionarias, a través de nuevos modos de acción, esto parece indicar que el espacio político de la autogestión no puede confundirse con aquel de la política profesional (aquella que se ejerce en los partidos).

Durante los años 1970-1980, el desarrollo de la problemática autogestionaria suscitó una puesta en cuestión radical de los modelos de reflexión y de acción del movimiento obrero, estimulada también por una re-interpretación de su historia (lo que algunos designan como la “derrota” de este movimiento); pero este trabajo de desciframiento contribuyó a clarificar el imaginario histórico y la memoria colectiva de los movimientos autogestionarios: Comuna de París, soviets de Rusia de 1917, movimientos Consejistas en Europa antes y después de la segunda guerra mundial, colectividades en Cataluña “libertaria”, la insurrección Húngara, etc.

Un trabajo paralelo fue realizado en el plano de las ideas, donde se reevalúa la importancia de los autores que fueron por largo tiempo separados o condenados por las ortodoxias

dominantes: las utopías críticas, Bakounine, Proudhon, Pannekoek, Georges Sorel, Korch, etc.

Incluso autores como Maximilien Rubel en sus trabajos sobre Marx y los marxismos permitieron reinscribir la autogestión en la perspectiva abierta por la “auto-praxis” obrera, que Marx había descrito y teorizado.

En numerosos campos, la problemática autogestionaria ha contribuido a renovar la manera de plantear (y a veces) de resolver las cuestiones ligadas a la definición de nuevos modelos de desarrollo, al establecimiento de relaciones sociales igualitarias, al control colectivo de los progresos científicos y técnicos, a la redefinición de las herramientas y objetos que estructuran los universos de vida y del trabajo.

Sin embargo, por una cuestión de método es necesario constatar que el movimiento por la autogestión se amplía y una sola aspiración se manifiesta, aunque las formas y los procesos sean similares, incluso siempre posible a comparar. Existe una analogía de los discursos que va a la identidad de prácticas. Que una sola palabra (autogestión) exprese tantas realidades diferentes es un riesgo para la confusión y ambigüedad.

Solamente un análisis comparado de las condiciones de emergencia y de desarrollo de las múltiples autogestiones (en función de los niveles de desarrollo, grados de movilización social, tradiciones culturales, estructuras económicas, etc.) podría contribuir a disipar las ambigüedades y confusiones, integrando las conquistas, todo lo que se hace y se dice sobre la autogestión, las experiencias puntuales y específicas.

Parece no suficiente de entregar una definición solamente

genérica y general, ni tampoco definiéndola en oposición a lo que no es (la participación, la coestión o la burocracia).

Tampoco parece suficiente de enunciar sus principios históricos de funcionamiento (rotación de tareas, revocación de los dirigentes, igualdad de estatutos, extinción o desaparición del Estado).

Frente a la complejidad y diversidad de expresiones prácticas de la autogestión, es necesario de cuidarse de todo nominalismo exclusivo y auto-referente. Es necesario presentar elementos para el análisis que se enfoquen a la inteligibilidad del fenómeno autogestionario destinado a dar cuenta de las múltiples dimensiones del concepto y constituir un conjunto de herramientas teórico-conceptuales que sirvan para el análisis de las diferentes situaciones autogestionarias...

Es en esta perspectiva que podemos caracterizar la autogestión como la articulación de:

- a) Un proyecto de transformación radical de la sociedad, de sus estructuras, de los comportamientos y de las representaciones; lo que determina sus dimensiones utópicas y programáticas;
- b) Una forma específica de organización de las relaciones sociales en y fuera del trabajo, fundada en el reconocimiento de la igualdad fundamental de las personas y el respeto de las diferencias; lo que determinaría sus dimensiones estructurales y relacionales;
- c) Un movimiento que instituye una negación de todos los procesos de institucionalización y de separación que apuntan a perpetuar o a renovar las relaciones jerárquicas de mando, las estructuras burocráticas y todas las modalidades de expropiación de poder/dominación y del saber; lo que determinaría sus

dimensiones contra y anti-institucionales.

Estos elementos para el análisis nos permiten examinar la manera en que estas diferentes dimensiones se presentan en cada experiencia sea a la escala de unidades sociales de base (barrio, empresa o sector determinado de base u organización social) o bien a conjuntos de sectores económicos y sociales más importantes (a nivel de una comuna o región).

Estos elementos articulados para el análisis contribuyen de la misma manera de no confundir el campo de la experimentación (praxis) y el campo del análisis y de no descalificar a priori las experimentaciones locales y puntuales que contribuyen a abrir y explorar el campo de los posibles autogestionarios como procesos.

Una tentativa de puesta en marcha de un proceso autogestionario conduce a ordenar en el tiempo y en el espacio la puesta en marcha sucesiva –y no simultánea– de cada una de estas dimensiones, la consecuencia inevitable “será” la institucionalización de la autogestión.

Caracterizada y determinada así la autogestión presenta un carácter más global: exige transformaciones estructurales a nivel del Estado, de las principales estructuras económicas y de las grandes instancias de regulación; a la vez reviste un carácter local: implica a la vez una multiplicidad de cambios tan o más importantes en todos los espacios donde las actividades autónomas y creadoras se pueden ejercer (vida cotidiana, educación, comunicación).

La centralidad de una transformación autogestionaria de la sociedad reside en la articulación entre la unidad y la diversi-

dad, lo central y la periferia, lo individual y lo colectivo; esta articulación no se podría efectuar en y por el Estado en la perspectiva estratégica de la toma del poder; por el contrario ella debe resultar de la auto-institución (autonomía) permanente de la sociedad, de una sociedad donde se verificaría experimentalmente, la extinción o desaparición de las formas estatales, la desposesión del poder-dominación. En definitiva, deberíamos plantearlo como la asociación autónoma y libre de los productores.

Es allí donde podemos articularla con la autonomía. La autonomía de manera general, designa la condición de un sujeto que determina él-mismo la ley a la cual se somete.

El problema que plantea esta noción en el campo de los marxismos, cuando se toma como medida la frase de Marx inscripta en *El Capital*: “No se trata aquí de un desarrollo más o menos completo de los antagonismos sociales que engendran las leyes naturales de la producción capitalista, sino de sus leyes mismas, las tendencias que se manifiestan y se realizan con una necesidad de hierro”.

¿Cómo conciliar entonces el carácter riguroso de estas determinaciones por una estructura económica (la formación social chilena) y la constatación empírica siguiente: Los sectores de la realidad social escapan, en parte al menos, a las leyes económicas, lo que hace por otra parte posible una evolución no capitalista de la sociedad?

En relación a la teoría del capital, la noción de autonomía, cuando ella es utilizada por el marxismo, o los marxismos, toma la noción de figura compensatoria y programática. Por

una parte, reequilibra la teoría de la sociedad en relación a la teoría económica; por otra parte, anuncia la búsqueda de las contra-tendencias a las leyes económicas, sobre la manera en que una sociedad escapa parcialmente a las determinaciones surgidas de la producción.

Este doble aspecto se encuentra en dos campos teóricos utilizando la noción de autonomía: la teoría de “la autonomía relativa de las superestructuras” y la autonomía necesaria de los productores (clase trabajadora).

*Manuel Rojas, Jueves 25 de julio 2013,
Santiago de Chile*

De la prefiguración y la autonomía

Hernán Ouviaña

Antonin Artaud solía expresar que el punto de partida de toda creación teatral debe ser la puesta en escena. No se refería, por supuesto, solamente a lo que acontece sobre las tablas, sino también a lo vivido entre bambalinas y cobertizos: sombras, mascarar, gestos, bullicio, danzas, gritos, iluminación, pantomimas, silencios y demás elementos del montaje que hacen posible un “teatro integral”. Desde esta perspectiva, la representación dramática deja de ser una especie de paréntesis de lo cotidiano, para convertirse en un espectáculo total que reinventa la vida misma. ¿Quiénes son los verdaderos protagonistas del drama histórico que nos toca presenciar (y padecer) en esta sociedad capitalista, colonial, depredadora de la naturaleza y profundamente patriarcal? Se sabe: como en el teatro griego, aquí también existen supuestos prot-agonistas (es decir, actores y/o actrices principales), pero a la vez, éstos no tendrían sentido alguno sin los múltiples ant-agonistas que, por fuera de las tablas o inmersos en ellas cumpliendo un papel no siempre deseado, confrontan y cuestionan, transforman el libreto e improvisan repertorios varios, alternativizan e impugnan el guión prefijado, trascienden el orden existente y las pretensiones de todo autor, habitan e instituyen otros mundos soñados en este presente y se animan a cuestionar el papel de meros espectadores, a saltar del escenario, o por qué no a asaltarlo como si fuera un cielo

preñado de futuro.

De manera análoga, y teniendo como principio que la política no puede reducirse al escenario público del poder ni a sus reglas de juego, las experiencias de construcción autónoma han desplegado infinidad de repertorios y proyectos cotidianos en los bordes y más allá de estas instancias, a través de los cuales las clases subalternas y los pueblos que resisten a su situación opresiva, han logrado crear en paralelo grietas y fisuras por donde asomar su sentir plebeyo e insurgente. El texto de nuestro compañero nos incita a pensar y problematizar las autonomías (para mayor provocación, en plural), no desde una elucubración meramente teórica, ni tampoco en función de los lugares y espacios “autorizados” de la política, sino a partir de las experiencias concretas, tanto pasadas como contemporáneas, que aspiran a la autodeterminación de los pueblos rebeldes en los márgenes del escenario público del poder. No hace falta recordar que la noción de autonomía se ha tornado en las últimas décadas un provocador significativo político, incómodo y hasta sospechoso para la vieja izquierda. Si nos remontamos a su sentido etimológico, auto-nomía remite sencillamente a “darnos nuestras propias normas”. Sin embargo, la infinidad de prácticas emparentadas con esta palabra, desplegadas en todo el mundo desde hace largo tiempo, han desbordado con creces esta escueta definición.

Al margen de las particularidades de cada una de estas experiencias y ensayos, en todos los casos podemos hablar de formas de construcción independientes del capital y del Estado. Este es, sin duda, un eje de gran relevancia al momento

de caracterizar a los proyectos de raigambre autónoma. No obstante, sería un error definir a éstos solamente en función de su mero distanciamiento con respecto a las instancias y relaciones de explotación o dominación contra las que se combate a diario, ya que también se proponen romper con las modalidades de organización y de lucha consideradas tradicionales (básicamente, las que remiten a los formatos clásicos de los partidos y sindicatos que tendieron a predominar durante buena parte del siglo XX). Por ello, otro rasgo tanto o más importante de este tipo de proyectos autónomos es, creemos, la común vocación por prefigurar en el presente los germen y embriones de la sociedad por la que se lucha.

En cierta medida, la “inflación” de este concepto -el de autonomía- ha sido directamente proporcional al nivel de agotamiento de las maneras clásicas de hacer política, que planteaban una especie de desacople entre revolución y vida cotidiana, al considerar que aquella era algo así como un evento lejano liderado por una vanguardia esclarecida, luego del cual recién cabía pensar en transformar de cuajo la realidad que nos circunda. De ahí que resulte válido afirmar que la autonomía y la prefiguración se vinculan con un incesante anhelo por gestar, en el “aquí y ahora”, un mundo donde quepan muchos mundos, que al igual que los rebeldes zapatistas celebra la diversidad de identidades y el convite de saberes, rechazando el conformismo y la homogeneización de las culturas y tradiciones insumisas del crisol de pueblos que habitan Nuestra América profunda.

Hecha esta aclaración, es importante además explicitar que

sería igualmente erróneo considerar a la autonomía como nueva una corriente política, flamante sucesora de los tantos “ismos” pre-existentes: hablar de “autonomismo” implica de por sí cerrar un proceso que por definición es abierto; anquilosar el pensamiento y la praxis libertaria, e introducir por la ventana aquello que se creía definitivamente desterrado. Horizontalidad, acción directa, articulación de lo diverso, anti-capitalismo, democracia de base, autogestión y poder popular, son algunas de las palabras que evocan esta radical aspiración a la autonomía. Por eso ella puede considerarse tanto punto de partida e incierto camino a recorrer, como faro utópico por alcanzar. Cómo se encarna esta caracterización genérica en instancias y prácticas determinadas, no puede responderse a priori y de manera unívoca. Ella debe entenderse desde la pluralidad: como un proceso social abierto, complejo y multifacético, más que en los términos de un evento político definido de antemano. Desde esta perspectiva, la autonomía es en buena medida anti-definicional. En su contradictorio derrotero, avanza a tientas, en la neblina del ensayo y error, sobre el filo de una navaja y sin receta alguna, despojándose de todo dogmatismo -incluso del que se pretende hereje bajo el ropaje de la “innovación”.

Antonio Gramsci, uno de los intelectuales orgánicos más lúcidos del siglo XX, llegó a expresar en sus notas carcelarias que la emancipación popular equivalía a “la autonomía integral”, con lo cual nos intentaba alertar que ella no es reducible a la mera dimensión de lo económico (por caso: la expropiación de los medios de producción a la burguesía);

antes bien, tanto su despliegue como su consolidación deben involucrar toda una crítica civilizatoria y, en paralelo, una profunda labor propositiva en cada una de las esferas de nuestras vidas, que se va delineando en el propio andar. En efecto, la autonomía, aunque pueda resultar evidente, se encuentra en las antípodas de lo heterónomo, y en la lengua tzeltal que se habla en tierras chiapanecas no es ni más ni menos que “lo que hacemos por nosotros mismos”, sin ningún agente externo ni instancia de enajenación que desvirtúe o bloquee a este pensar-hacer colectivo. Como siempre, el problema radica en el mientras tanto.

Autonomías y Estado: contradicciones en (todo) movimiento

¿Qué hacer, por ejemplo, con ese “ogro filantrópico” -tal la brillante definición de Octavio Paz- que es el Estado, no entendido como una instancia totalmente externa a nuestra cotidianidad (es decir, como mero aparato represivo y/o gubernamental), sino en tanto entramado simbólico-material de relaciones de fuerzas que cumple un rol fundamental en la estructuración de la realidad de la que (mal que nos pese) formamos parte? Este es sin duda uno de los mayores dilemas a los que se enfrentan las organizaciones y movimientos populares de Nuestra América. Henry no le esquiva al bulto y asume el desafío de problematizar y desmenuzar varias de estas incómodas aristas con las que nos topamos al momento de ensayar experiencias prefigurativas y de autonomía popular en contextos de gran adversidad.

He aquí otra cuestión molesta que es preciso balbucear en función de las certeras hipótesis lanzadas por Henry: si bien la política emancipatoria -otra manera de enunciar a la autonomía- ya no debe ser pensada estratégicamente desde el Estado, resulta imposible experimentarla y lograr su expansión sin tenerlo en cuenta y vincularse de manera asidua con él, aunque más no sea como mediación inevitable de nuestra resistencia (y subsistencia) diaria, en particular en los ámbitos urbanos, como instancia que atraviesa y condiciona las posibilidades de irradiación del poder popular, o en tanto dimensión antagonica que deberá ser desarticulada y superada en un contexto de ofensiva revolucionaria. Para no generar malentendidos: la vinculación con el Estado (insistimos: concebido como relación global de dominación, que co-constituye a todo el entramado de nuestras sociedades) es un hecho de la realidad. El desafío, en tal caso, es cómo trocar esa conexión inexorable en antagonismo, más que en un “darle la espalda” al Estado (o al mercado).

En no pocos territorios del continente, muchas experiencias autónomas de tinte localista han caído erróneamente en hacer de la necesidad virtud y anclar sus proyectos en experiencias que no van más allá de micropolíticas posmodernas, que además de potenciar el aislamiento y la fragmentación, evidenciaron enormes dificultades al pretender constituir comunidades insulares, cuyo horizonte inmediato terminó siendo lo que Miguel Mazzeo denominó irónicamente el “socialismo en un solo barrio”. Por ello otra advertencia con la que hay que insistir frente a ciertas derivas autónomas, es

que la construcción desde los márgenes -que muchas veces se pregona como consigna y se celebra como elección y apuesta ético-política- no debe equivaler jamás a marginalidad ni a encapsulamiento. Si lo alternativo no resulta a la vez alterativo (del orden dominante) puede redundar en mero regodeo auto-referencial, sin que aporte a un proyecto integral de transformación revolucionaria de la sociedad. Esto no implica, desde ya, negar la importancia del trabajo a pulmón en espacios territoriales y de disputa “molecular” (poblaciones, escuelas, comunidades, ámbitos laborales, familia, etc.), pero sí señalar que dichos proyectos deben poder conectarse con instancias y propuestas de articulación orgánica, de mayor amplitud y radicalidad, de manera tal que se complementen y potencien mutuamente.

De ahí que valga la pena recordar que la lucha es en y (sobre todo) contra y más allá del Estado como relación de dominio y resistencia, lo que implica pugnar por clausurar sus instancias represivas y de cooptación institucional, ampliando en paralelo aquellas cristalizaciones que tienden potencialmente -y sobre la base de la presión popular y la participación activa de las masas en la gestión y democratización de lo público- a una sociabilidad colectiva de corte emancipatorio. A contrapelo, desestimando al Estado como lugar y momento importante de la lucha de clases, algunas corrientes de pensamiento y acción terminaron cayendo -al igual que la izquierda ortodoxa- en la tentadora esidead (por definición anti-dialéctica) que concibe al Estado como un bloque monolítico y sin fisuras, totalmente exento de contradicciones y grietas, al que hay que ignorar o

bien asaltar cual fortaleza enemiga en un futuro remoto. Esta retórica cobró protagonismo en los debates de los últimos años al interior de no pocas organizaciones populares, y su prédica por lo general hizo foco en la denostación del Estado per se, como institución parasitaria y totalmente externa a las relaciones sociales en las cuales estaban inmersos -en particular en los complejos entramados que componen a las periferias urbanas latinoamericanas- variados proyectos de cooperativismo y autogestión. Así, una paradoja resultó ser la regla en muchos emprendimientos productivos, culturales, comunicacionales, educativos y políticos impulsados desde abajo: el “imperativo categórico antiestatal” terminó minando las bases de sustentación mismas de estos embriones de poder alternativo. Contra ese “autonomismo”, creemos, es preciso polemizar hoy, tal como certeramente lo hace Henry. Aquel que pretende construir el cambio social radical ignorando que, si bien el Estado expresa el poder político hegemónico y como tal es un garante -no neutral- del conjunto de relaciones capitalistas constituyentes de la totalidad social, las formas en que se materializa no deben sernos ajenas.

Hecha esta aclaración, no es posible por tanto pensar en términos excluyentes, teniendo que optar por apostar a formas de construcción prefigurativas, o por establecer algún tipo de vínculo con lo estatal. Más que una opción dicotómica entre mantenerse totalmente al margen del Estado, o subsumirse a sus tiempos, mediaciones e iniciativas, de lo que se trata, ante todo, es de diferenciar claramente lo que constituye una participación subalterna -que trae aparejada, sin duda, la

“integración” creciente de los sectores populares al engranaje estatal-capitalista, mellando toda capacidad disruptiva real-, de una participación antagonista, de inspiración prefigurativa y libertaria. Esta última, a nuestro parecer presente en muchas estrategias desplegadas por movimientos populares en la región y acorde a lo que Henry llama una política de las autonomías, requiere restablecer un nexo dialéctico entre, por un lado, las múltiples luchas cotidianas que con vocación contra-hegemónica, despliegan -en sus respectivos territorios en disputa- las diversas organizaciones y colectivos por el mejoramiento de sus condiciones materiales de existencia, y por el otro, el objetivo final de trastocar integralmente a la civilización capitalista, de forma tal que cada una de esas resistencias devengan mecanismos de ruptura, embriones de autogobierno y focos de contrapoder, que aporten al fortalecimiento de una visión estratégica global y reimpulsen al mismo tiempo, aquellas exigencias y demandas parciales, desde una perspectiva emancipatoria y de largo aliento.

Para graficar esto, pongamos dos ejemplos provocativos -y al parecer contrapuestos: la experiencia zapatista en territorio chiapaneco y el proyecto bolivariano de socialismo del siglo XXI en Venezuela. En principio, se nos presentan como procesos no solo disímiles sino incluso antagónicos e incompatibles entre sí. Sin embargo, creemos que tanto de uno como del otro -así como de muchos más que no mencionamos- podemos extraer sendas enseñanzas (lo que no implica pensarlos como “modelos” a replicar, ya que son irreductibles y remiten a las particularidades de cada uno de

los territorios y sociedades donde hunden sus raíces y edifican, no sin ambigüedades, sus apuestas liberadoras). Atendiendo a los dilemas ya mencionados, sería tan iluso pensar que el zapatismo expresa la pureza de la autonomía, como que la experiencia venezolana niega rotundamente toda posibilidad de prefiguración y avance del poder popular desde abajo. Ambos son -como todo proyecto genuino que surge de las entrañas del bajo pueblo, y más allá de las mayores simpatías que nos genere uno u otro- contradicción en movimiento. Lo que debe quedar claro es que ni la (supuesta) ausencia de vínculo con el Estado garantiza potencialidad alguna de antemano para ensayar prácticas socialistas, ni la (también supuesta) conquista de ciertos puestos gubernamentales o aparatos estatales nos abre en sí misma las puertas para transitar hacia un orden pos-capitalista. El problema no es solo el qué, sino además los cómo, los para qué y los con quiénes, que eviten tanto caer en la ilusión reformista y “estado-céntrica”, como en la lógica micropolítica del encapsulamiento local. Aquí una vez más, junto con la hipótesis que desliza Henry de animarse a cabalgar las contradicciones, el inventamos o erramos de Simón Rodríguez opera como orientación estratégica para esquivar estos peligros tan recurrentes en la izquierda tradicional.

Asimismo, otra cuestión relevante que aborda en su texto es el de la violencia popular. Todas las experiencias históricas de construcción radical de autonomía -nos dice este trabajo- se han topado con la férrea resistencia estatal, e incluso paramilitar, en pos de perpetuar los privilegios que ostentan

las clases dominantes. Cómo abordan las clase subalternas y sus organizaciones de base la posibilidad (o no) de una confrontación armada, es un común interrogante que ha acompañado a los sucesivos proyectos de emancipación ensayados durante el siglo XX en diferentes puntos del planeta. ¿De qué manera defender los espacios autónomos que hemos logrado edificar, así como las conquistas obtenidas a través de la lucha y la movilización popular, sin replicar las lógicas propias del poder hegemónico y sin caer en el militarismo exento de valores éticos? ¿Cómo escamoteamos, en el fragor de la disputa político-militar y la confrontación, la tentación de convertirnos en aquello contra lo que peleamos a diario? Nuevamente no hay recetas ni fórmulas a las que se pueda acudir de antemano, aunque sí variadas enseñanzas históricas y contemporáneas, que brindan pistas para sortear este entuerto. También aquí resulta fundamental apelar a la vocación ética prefigurativa, e intentar que los fines que perseguimos puedan estar contenidos -o al menos aniden en potencia- en los medios de los que nos valemos para la autodefensa y expansión del poder popular construido colectivamente.

A modo de de sugerencia, vale la pena explicitar que aunque sí es enunciado en su trabajo, resulta escasamente desarrollada la necesidad de pensar la políticas de las autonomías como un complejo proceso de desmercantilización de las relaciones sociales. Cómo “producir riqueza propia y expropiar el excedente de producción”, o de qué manera “socializar los bienes colectivos dentro de la autonomía”, no resultan interrogantes menores. Para responderlos, ade-

más de bucear en la viabilidad de los variados proyectos de autogestión popular desplegados en campos y ciudades en diferentes momentos históricos (mencionados al pasar en el texto), resulta urgente poder cepillar a contrapelo y realizar un balance crítico de los modelos estatistas y de planificación centralizada que, bajo la falsa denominación de “socialismos reales”, han evidenciado un rotundo fracaso durante el siglo XX. He aquí otra arista o dilema (para nada académico, sino profundamente práctico y acuciante) poco problematizado por las corrientes marxistas y libertarias en general: ¿Cómo podemos crear proyectos productivos y socio-económicos de cada vez mayor envergadura, que eviten devenir “islas” subsumidas al oleaje del mar capitalista, tengan sustentabilidad y revitalicen el valor de uso de los bienes y servicios generados en un marco de cooperación, trabajo desalienado y ayuda mutua, a la par que logren confrontar con la lógica mercantil? Para ello, además del ejercicio cotidiano de una democracia socialista y con protagonismo popular que dote de sentido a este tipo de proyectos, la soberanía alimentaria y el buen vivir deben dejar de considerarse (salvo contadas excepciones) lejanas consignas emparentadas con comunidades campesinas y pueblos indígenas, y pasar a ser uno de los pilares de la nueva cultura política militante que debemos sembrar (también) en las ciudades.

Una brújula para prefigurar las autonomías

Desde hace siglos, la aspiración a la autodeterminación colectiva ha sido una constante por parte de los pueblos oprimidos de todo el mundo. En el caso de Europa, además de la breve pero intensa experiencia de la Comuna de París de 1871, podemos mencionar como referencia precursora al comunismo de los consejos, a partir del cual millones de obreros y campesinos impulsaron entre 1917 y 1921 la creación de organismos de autogobierno popular, la revuelta húngara de 1956, así como en un plano más abarcativo la oleada rebelde protagonizada a finales de los años sesenta por múltiples sectores en lucha en países como Italia y Francia, donde al calor del otoño caliente y el mayo parisino se comienza a utilizar la palabra autonomía para denominar a las disruptivas formas de experimentación política que, “aquí y ahora”, apuestan a edificar nuevas relaciones sociales basadas en vínculos de solidaridad, comunicación, producción y consumo colectivo, antagónicos a los impuestos por el capitalismo.

En nuestro continente, si bien han existido infinidad de tradiciones ligadas a una vocación autónoma (muchas de ellas, que se remontan incluso hasta tiempos inmemoriales) ha sido la insurrección zapatista de 1994 la que mejor ha sintetizado a este crisol de luchas emancipatorias que aspiran a reinventar la política sobre nuevas bases. Sin caer en una práctica reformista, ella ha cuestionado los patrones clásicos de transformación social, que pregonan a nivel organizativo la necesidad de una estructura partidaria y, en términos

estratégicos, el asalto al poder estatal como requisito previo para lograr un cambio radical en la sociedad. En el caso de Argentina, sin duda las jornadas de rebelión popular del 19 y 20 de diciembre de 2001 sirvieron para recobrar la capacidad de deliberación y acción colectiva, logrando visibilizar -o bien dando origen a- inéditas formas de construcción autónomas, tanto urbanas como rurales, tales como asambleas barriales, movimientos de trabajadores desocupados, centros culturales autogestivos, bachilleratos populares, colectivos feministas, estudiantiles, artísticos y de contra información, asociaciones y cooperativas campesinas, comisiones de autoconvocados, talleres de autoformación, movimientos socio-ambientales, espacios sindicales antiburocráticos, agrupamientos villeros y foros por la tierra y la vivienda, redes de producción y comercialización alternativa, empresas recuperadas y comunidades indígenas en resistencia.

Desde ese entonces, el derrotero de estas instancias de autodeterminación, lejos de tener una orientación unívoca, ha delineado senderos y bifurcaciones múltiples, así como tiempos e intensidades disímiles. Varios son los interrogantes que atraviesan a cada una de estas experiencias subterráneas, muchas de las cuales se han resignificado o bien confluído en movimientos y espacios de coordinación más amplios e integrales. Desde cómo articular las respectivas prácticas locales con las luchas regionales, nacionales, continentales e incluso mundiales -que se desenvuelven a diario de forma dramática-, hasta cuáles deben ser los criterios que fomenten tanto la conformación de vínculos sociales sustraídos de la

lógica de dominación estatal y mercantil, como la gestación de redes de coordinación y hermanamiento duraderas, sin perder la creatividad exploratoria que constituye la columna vertebral de este tipo de construcciones.

Las respuestas a estas y otras preguntas que lanzamos en este fraterno diálogo, por supuesto no son meramente teóricas, sino un genuino producto de la praxis y el devenir cotidiano en el que nos encontramos inmersos de un lado y el otro de la cordillera. De ahí que “Caja de Pandora” sea quizás la metáfora más correcta para caracterizar sus posibles destinos, en la medida en que iniciativas autónomas como éstas suponen siempre -mal que les pese a los eternos “alquimistas de la revolución”- una apuesta sin garantías. El indisciplinado texto de Henry no nos brinda soluciones acabadas a todos estos interrogantes y dilemas, ni nos muestra -al decir de Mariátegui- un itinerario a transitar. Oficia, sí, de potente brújula teórico-práctica para orientarnos en ese difícil andar a tientas que supone toda forma de proyección autónoma. Y como nos sugiere, sin prisa pero sin pausa debemos animarnos a caminar la autogestión colectiva. Hacia allí vamos quienes seguimos empeñados, sin pedir permiso alguno, en exigir y conquistar lo imposible.

*Hernán Ouviña, 22 de Mayo de 2014,
Buenos Aires, Argentina*

Referencias

- Dario Azzellini, 2009. “Economía solidaria, formas de propiedad colectiva, nacionalizaciones, empresas socialistas, co- y autogestión en Venezuela.” ORG & DEMO. Universidade Estadual Paulista, Faculdade de Filosofia e Ciências, Unesp-Marília-Publicações. 10.1-2: 5-30
- Claudio Albertani, 2011, “Flores salvajes”. Reflexiones sobre el principio de autonomía, en Pensar las Autonomías. México: Bajo Tierra Ediciones
- Henri Arvon, 1978. La autogestión. México: Fondo de Cultura Económica.
- Adamosky (2011), Problemas de la política autónoma: pensado el pasaje de lo social a lo político, en Pensar las Autonomías. México: Bajo Tierra Ediciones
- Diego Abad de Santillán, 1936. El organismo económico de la revolución, España: Tierra y Libertad.
- Carlos Antonia Aguirre Rojas, 2009. Mandar obedeciendo, lecciones políticas del neozapatismo mexicano, Rosario: Protohistoria.
- Raúl Arancibia, 2004, “Autonomía política de los movimientos sociales y defensa del horizontalismo. Respuesta autonómica y marxista a la “crítica del autonomismo” de Claudio Katz”. Descargado de: http://www.archivochile.com/Debate/doc_otros_debates/docotrosdebato026.pdf
- Ariel Bignami, 2010. Gramsci, Pensamiento, conciencia y revolución, Argentina: Luxemburgo Ediciones.

- Pilar Calveiro, 2008. “Acerca de la difícil relación entre violencia y resistencia”. En *Luchas contra hegemónicas y cambios políticos recientes de América Latina*, ed. López, Margarita, Íñigo, Carrera y Calveiro, Pilar. Buenos Aires: CLACSO
- Guillermo Cieza, 2006. “Lo político y lo reivindicativo”. En: *Borradores para la lucha popular y la organización*. Buenos Aires: Manuel Suárez Editor.
- Werner Bonefeld y Sergio Tischler, 2003. *A 100 años del ¿Qué hacer? Leninismo y crítica marxista y la cuestión de la revolución hoy*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- Ana Dinerstein, 2010. “Autonomía en América Latina: entre la resistencia y la integración. Ecos de la experiencia de los Piqueteros”. Oxford University Press and Community Development Journal. 2010. http://cdj.oxfordjournals.org/content/suppl/2010/06/28/bsq029.DC1/bsq029_supp.pdf
- Hal Draper, 2001. “Las dos almas del socialismo”, Marxists Internet Archive. <https://www.marxists.org/espanol/draper/1960.htm>
- Gustavo Esteva, 2011. *Otra autonomía, otra democracia*, en *Pensar las Autonomías*. México: Bajo Tierra Ediciones
- Guillermo Ferrero, 1998. *El poder. Los genios invisibles de la ciudad*. Madrid: TECNOS.
- Noam Chomsky, 2005. *Sobre el anarquismo*, Estados Unidos: AK Press.
- John Holloway, 2011. *Agrietar el capitalismo, el hacer contra el trabajo*, Argentina: Herramienta ediciones.
- Juan Pablo Hudson, 2010. “Formulaciones teórico-concep-

tuales de la autogestión” Vol 2010, No 004 (2010) <http://www.journals.unam.mx/index.php/rms/article/view/21495>

- Álvaro García Linera, 2009. *Forma valor y forma comunidad*. Argentina: Clacso-Muela del Diablo.
- Luis Mattini, 2004. *El encantamiento político. De revolucionarios de los '70 a rebeldes sociales de hoy*. Argentina: Continente Ediciones.
- Massimo Modonesi, 2011. “El Concepto de la autonomía en el marxismo contemporáneo”, en *Pensar las Autonomías*. México: Bajo Tierra Ediciones.
- Chantal Mouffe, 1998. “Desconstrucción, pragmatismo y la política de la democracia”, en Chantal Mouffe (comp) en *Desconstrucción y pragmatismo*, Buenos Aires: Paidós
- Miguel Mazzeo, 2005. *¿Qué no hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Antxon Mendizábal y Anjel Errasti, 2008. “Premisas teóricas de la autogestión”, Universidad País Vasco. UPV/EHU, XI Jornadas de Economía Crítica, ECOCRI. Descargado de http://pendientedemigracion.ucm.es/info/ec/ecocri/cas/Mendizabal_y_Errasti.pdf
- Catherine Sammar, 2013. *La autogestión yugoslava. Por una apropiación plural de los balances. Contra un entierro programado*. Descargado de <http://www.vientosur.info/documentos/Yugoslavia.pdf>
- Martín Obregon, 2013. “Movimientos sociales y autonomía colectiva: la política de la esperanza en América Latina”, una reseña sobre el libro compilado por Ana Dinerstein,

Debates Urgentes.

- Pierre Rosanvallón, 1979. La autogestión, Madrid: Fundamentos.
- Esteban Rodríguez, 2007. “Más acá del Estado, en el Estado y contra el Estado. Apuntes para la definición del poder popular”. En: Reflexiones sobre el poder popular, Estudiantes organizados en el FPDS. Buenos Aires: Ed. El Colectivo.
- Richard Rorty, 1998. “Notas sobre desconstrucción y pragmatismo” en Chantal Mouffe (comp) en Desconstrucción y pragmatismo, Buenos Aires: Paidós.
- Boaventura De Sousa Santos, 2001. “Los nuevos movimientos sociales”. Revista OSAL: Observatorio Social de América Latina 5: 177–184. Buenos Aires: CLACSO.
- Mabel Thwaites Rey y Hernan Ouviaña, 2012. “La estatalidad latinoamericana revisitada. Reflexiones e hipótesis alrededor del problema del poder político y las transiciones”, en Mabel Thwaites Rey (comp) El Estado en América Latina: continuidades y rupturas. Chile: ARCIS Ediciones.
- Luis Tapia, 2011. Política Salvaje. Argentina: CLACSO-Walldhuster Ediciones.
- Mabel Thwaites Rey, 2004. La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción. Argentina: Prometeo Ediciones.
- Leon Trosky, 2001, La revolución traicionada, Edición digital en castellano, España: PRT - Izquierda Revolucionaria.
- TMRI, 1974. Programa de la IV conferencia. “Autogestión”, Buenos Aires: Ed. Shapire.
- Gilberto López y Rivas, 2011, Autonomías indígenas, poder y transformaciones sociales, en Pensar las Autonomías.

México: Bajo Tierra Ediciones

- Nicolas Poulantzas, 1977. El Estado y la transición al socialismo. Entrevista realizada a Nicos Poulantzas por Henri Weber. Descargado de http://www.plataforma-nexos.cl/index.php?option=com_remository&Itemid=100012&func=startdown&id=71
- Yorošlav Vaneck, 1971. La economía de participación; hipótesis evolucionistas y estrategia para el desarrollo. Perú: Instituto de Estudios Peruanos Campodónico.
- Raúl Zibechi, 2007. Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales. Santiago: Quimantú.

Sumario

Dedicatoria	7
Presentación	9
Introducción	II
Sobre sus rupturas. Fondo, forma y contenido	13
De su centralidad emancipatoria	17
Su doble tarea. Negar y crear	20
Una “política” de las autonomías	22
Las formas-lucha	25
Forma-lucha, estrategias del periodo y tácticas coyunturales	29
Más allá del estado	32
La autogestión	34
La forma-lucha autogestionaria	35
Quiebres emancipatorios.	
Lo que abre la autogestión	36
Algunos problemas comunes	40
El problema de la violencia, el estado y la hegemonía para las autonomías	43
Los problemas y sus dinámicas obstaculizadoras	47
Una política de las autonomías más allá del estado	50
En el socialismo autogestionario	53
La política de las autonomías en la	

transformación revolucionaria	56
El problema del estado	59
Notas complementarias	67
Apuntes de autonomía y la autogestión <i>Manuel Rojas</i>	69
De la prefiguración y la autonomía <i>Hernán Ouviña</i>	78
Referencias	93

